Baltazar Castro

Poesía

4ª Edición

BIBLIOTECA NACIONAL
0350901

LIBROS DE BOLSILLO ZIG-ZAG/16

Portada de
EMILIO MARTIN

1ª edición
Editorial Cultura, 1946
2ª edición
Empresa Editora Zig-Zag, 1965
3ª edición
Empresa Editora Zig-Zag, 1966
4ª edición: 5.000 ejemplares
Empresa Editora Zig-Zag, julio de 1973.

©
1946 by Baltazar Castro
©

1965 by Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Derechos reservados para todos
los países. Inscripción Nº 31.457.
Santiago de Chile.

Impreso en los talleres de
Editorial Universidad Católica.
Lira 140, Santiago de Chile.
Julio de 1973
PRINTED IN CHILE. FABRICACION CHILENA

10(823-54p6)

Baltazar Castro

SEWELL

4ª edición

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

L
t1

ZIG-ZAG
Santiago de Chile

PROLOGO DEL AUTOR PARA LA CUARTA EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CUBANA
LA HABANA

DESDE QUE di forma a este pequeño libro han transcurrido muchos, muchísimos años, toda una vida, que no fueron suficientes para dejarme en condiciones de escribir con parquedad y concisión. ¿Cómo explicar, en las pocas páginas que me permite la Editorial, que esta novelita es una especie de chaveta que vino sosteniendo el eje de mi existencia? ¿O, en otras palabras, el reloj de sol que de-

terminó las horas, las sombras, la claridad, en m
devenir? Pienso que mi existencia no ha sido que
ta: tan correntosas fueron las aguas que ni siquier
hubo acopio para el légamo, ni verdeó el musgo
Anhelo la comprensión del lector para que me lea con
benevolencia. Sucede que inmediatamente después
del reposo, la sangre leve de emociones y de sueños
imantado por la carilla en blanco que me ofrecía
su llanura para cubrirla de letras, irrumpía la vo-
rágine de la lucha política, el discurso en la tribuna
pública, la polémica en el Parlamento, la trifulca
callejera a golpes de puño y de maderos policiales,
o bien —y es lo más agradable para mí—, espátula,
cincel, garlopa en mano, los días me encontraban
arrimándole sensibilidad al cemento, trozando el ála-
mo, el roble, el raulí, hasta que todos estos elemen-
tos, juntos, alcanzaron la belleza del taller o mez-
claron sus fragancias casi imperceptibles con la leve
tibieza que rezuma la familia en descanso, amparo-
do el sueño por la casa nueva, mientras la lluvia
descarga sus nudillos sobre la férrea resistencia del
techo.

También dominé el milagro de la blanca cas-
cada que surgió después que las vacas parieron cer-
ca mío.

¿Podría contarlo todo? ¡Menudo problema!

Se dejó caer por Rancagua Nicomedes Guzmán, nimbado por su reciente éxito de Los Hombres Obscuros *y la* Antología de Nuevos Cuentistas Chilenos, *y en casa de Oscar Castro me notificó que yo tenía que escribir una novela para la colección "La Honda", que él dirigiría, y donde se contaban, desde ya, Lomboy, Coloane, Drago, Oscar Castro, Sabella, entre otros*[1]. *Sentí miedo. Yo apenas había publicado un conjunto de cuentos,* Piedra y Nieve, *cuyos originales adquirieron forma de libro, con portada y todo, gracias al excepcional compañerismo y abnegación de Nicomedes Guzmán, que se las ingenió para encontrar imprenta, corregir las pruebas e idear las ilustraciones*[2].

Confieso que he conocido mucha gente, toda suerte de personajes, sin embargo, no me ha sido dado encontrar alguien que tuviera aquel empecinamiento desinteresado de Nicomedes en sacar escri-

[1] *Los Hombres Oscuros* fue publicada por Editorial Zig-Zag, Santiago, 1946. Actualmente está circulando la 7ª edición en la colección Libros de Bolsillo Zig-Zag, Nº 5. (N. del E.).

[2] *Piedra y Nieve*, Editorial Talami, Santiago, 1943. (N. del E.).

tores del anonimato. Consumía el tiempo y la suela de los zapatos en tales trajines.

—¿Se le ocurre que voy a aparecer entre esos nombres? Se reirán de mí...

—Déjese de bromas, Balta. Usted está consul tado en el plan de La Honda, así que póngase a trabajar de inmediato...

Oscar dijo que quizás podría aprovechar como elemento central de la novela la catástrofe que se había producido recientemente en el mineral de El Teniente, en cuyos niveles y socavones murieron asfixiados cerca de trescientos cincuenta mineros. "Aprovechará todos los materiales que cogió en Sewell".

Cierto. La vida del minero no me era desconocida, pues a los dieciocho años de edad, remiso a continuar los estudios, mi madre, mujer de gran personalidad que endilgaba nuestro destino, me encaminó a buscar trabajo, de resultas de lo cual fui a parar a Sewell, principal campamento del mineral

La serena suavidad de Oscar y el entusiasmo de Nicomedes me pusieron contra la pared.

Realizado el trabajo, me encaminé con los originales a Machalí, donde Oscar reposaba unos días, acentuada su debilidad pulmonar: quedé de volver el domingo siguiente a recibir la opinión del poeta. El nuevo viaje, transcurrida la semana, resultó un martirio, temblaban mis rodillas. ¿Y si todo lo armado en ese legajo no fuese más que un bodrio?

Isolda, la esposa, salió al llamado de la puerta:

—¡Caramba, qué libro ha escrito usted! —fue el saludo. —Todavía estoy emocionada.

Intuí que algo bueno se preparaba para mí.

Oscar tranqueó a mi vera bajo el parrón de la vieja casa. Delgado, de regular estatura, firme y pausado en el andar, las puntillas de los pies apuntando levísimamente hacia afuera; cada tranco suyo, sin premura, denotaba la firmeza de aquel hombré que hasta en el mirar —sin pizca de odio ni filos agresivos— delataba el cúmulo de materiales poéticos que andaban, corriente adentro, aguardando el turno para ubicarse en el próximo romance o soneto. En una época en que todavía considerábase que para escribir versos había que andar desaliñado, extrañaba la delicada sobriedad del autor de Camino

en el Alba, que jamás prescindió de la corbata se
ria, el terno oscuro y los zapatos lustrados. En el
físico parecía andar de por medio un trabajador de
la greda. Las mandíbulas pudieron resultar un poco
duras para la armonía del conjunto, pero, a tiempo,
el alfarero las dejó a tono con la suave línea de la
nariz, con la transparencia de las manos y hasta con
el inofensivo despeñarse de dos cortos mechones
que, de vez en cuando, alcanzaban a tocar el paréntesis de las cejas. Un punto, casi negro, casi café
vigilaba desde la córnea el sueño de las pupilas
cuando oteaba el horizonte de bortalizas en su mo
desta casa de Rancagua: el mismo punto que yo
había observado en los ojos de otros Castro de la
región. Mi madre decía que Oscar era hijo de un
hermano de mi abuelo, pero cuando alguien me
consultaba sobre el parentezco, él explicaba que
"somos más amigos que parientes". Fue un contrato
nio sin protocolizar que ambas partes cumplimos
ante los curiosos.

—Usted ha dado en el clavo— comentó Oscar
refiriéndose a mi novela.

Entonces yo sentí que el puro aire de Macha
e me filtraba por los poros, penetraba a través de
os ojos, vibraba en las aletas de las narices en pe

...ura de las fosas nasales, hasta iluminarme por dentro como los aromos en flor que viñeteaban las calles de la aldea.

Lo malo fue —¿o habré de decir "lo bueno fue"?— que, impulsado por mi agresividad de siempre, incluí en las páginas a cierto Mr. Patrick que usted, lector, conocerá más adelante. Quería vengarme de un jefe norteamericano de Braden Copper al que le teníamos ojeriza por sus modales ásperos. Usé el nombre y lo describí tal cual. Publicado el libro, uno de los ejemplares llegó a manos de un connacional del citado personaje. Por molestarle, le hizo venir al teléfono:

—¡Aló, Pat! ¿Qué querías hacer tú con la Carmelita?

. Patrick se dio a la tarea de descubrir a la Carmela en cuestión. Lo logró y se encaminó a la Gerencia a reclamar. El Gerente me consultó si prefería continuar escribiendo o laborando en Braden Copper. Contesté sin chistar: "Escribiendo". Habré de agregar, usando la terminología de los mineros, que "el azul" que me dieron tenía el mismo tono que el más azulado de los cielos.

Desde entonces ando por Chile, a veces con pre
éxito, a veces con errores.

A la muerte de Oscar Castro los intelectua
rancagüinos se enfrentaron al problema de no co
ter con quién hablase en el cementerio, en su nom
bre, para despedir los restos del vate. Lo n
granado de las letras nacionales anunciaba par
cipar en el acto. Alguien indicó mi nombre y
acepté con una irresponsabilidad cautivadora:
más había subido a una tribuna, mucho menos
improvisar, como lo hice. Hablé sonambúlicamen
a esa multitud monstruosa: ¿Qué habría sucedi
Santo Cielo! Nicomedes Guzmán vino a mi oído
me sopló:

—El discurso de D'Halmar y el suyo fue
los mejores...

Me volvió el alma al cuerpo.

Ahora comprenderá, estimado lector, por q
cuando debo escribir unas líneas para esta cu
edición de Sewell me limite a hablar de Nicom
Guzmán y de Oscar Castro. Ellos me empuja
al estanque, y sólo ellos, desde el infinito, pue
decir si el chapuzón me hizo bien, o si entre

gres, y a través mío, le infirimos un terrible daño al buen gusto de las gentes de esta tierra.

BALTAZAR CASTRO

I

CUANDO EL pito de prevención para el turno que entra a las siete de la mañana atraviesa la quietud del campamento con su grito agudo, ya una tenue claridad se extiende por los camarotes y es posible distinguir en cada piso y departamento figuras de mujeres apuradas que corren y trajinan. La expresión de sus rostros bien se podría atribuir a la angustia de no tener al marido el desayuno a tiempo, o a la satisfacción por haber recibido en la *tolva* de los residuos las noticias frescas de lo que pasara el día anterior, tanto en la mina como en las habitaciones.

—¿Sabe? Cortaron al Juanucho...

—¿Y por qué? Dicen qu'era güeno pa la pega...

—Se l'encarachó al *gringo*...

—¡Ah!

Un grueso tubo, enfundado en madera, parte del último piso de los camarotes y llega

al suelo a vaciar las aguas sucias y basuras q
las mujeres botan con estrépito. En cada pi
abre una boca ancha, en forma de buzón, pa
facilitar el manejo de los tiestos. Es la *tolva* d
camarote, y a pesar de que por sus labores p
dría pensarse que su destino es lo más obscu
que existe en el campamento, la mayor par
del día se constituye en el punto céntrico de t
das las reuniones de las dueñas de casa, y e
lugar obligado para hilvanar los comentario
que se refieren a novedades sucedidas o a ho
norabilidades de señoras venidas a menos.

—Parece que el *carcheque* nuevo se ent
siasmó con la Negra Campos...

—¡El que no te conoce que te compre!...

—Cuando sepa la layita de pieza qu'es, l
va a largar tiesa.

—Por algo es recién llegado, no má...

Esa mañana hace frío. Sin embargo, el d
se insinúa limpio y algunas nubecillas se pie
den más allá de las montañas. Está cerca oc
tubre y las nevazones quedarán rezagadas e
el calendario, dejando sólo su huella en los le
mos ariscos de los cerros, cuyas manchas blan
cas irán desapareciendo paulatinamente hast
que de improviso se haga presente otra vez
invierno para agrandarlas en forma desmes
rada.

Filidor Contreras baja las escalas de su camarote y toma el camino que lo llevará a Punta de Rieles, estación de partida del ferrocarril eléctrico de la mina. Los gruesos zapatones golpean con fuerza en los peldaños de las escalas, mientras el ojo de cristal de la gorra de seguridad otea sin parpadear el proceso que la mañana viene sufriendo en su lento arribo por encima de los cerros.

Es el trayecto obligado de todos los días. Ni siquiera recuerda algún cambio de turno. Siempre lo mismo: tomar el desayuno apurado, devorar la escala interminable que lo dejaría en las rejas metálicas del tren, ascender en la *jaula*, sacar su tarjeta y la lámpara, y luego la mina, los *piques*, las galerías negras y húmedas a veces, o calientes y asfixiantes, otras. A primera hora de la mañana, antes que el pito de prevención anunciara la vecindad de ese ineludible período de somnolencia que precede a la madrugada, sentía el fuerte remezón de la Carmela, su mujer:

—¡Eh, Fili! ¡Ya es l'hora!

Se levantaba luchando con la pesadez de los párpados, tratando de producir el menor ruido posible para no despertar a los chiquillos. Con la boca todavía caliente por los efectos del desayuno, salía en demanda de la mina.

En el invierno debía madrugar un poco m
pues las escalas apretadas de nieve torna
difícil la marcha y era necesario fabricar m
vos caminos por aquella tierra blanca que
yera durante la noche.

De distintos camarotes vienen otros min
ros, también con pesados zapatones y sombr
ros metálicos. Pronto la escala que conduce
la línea férrea es una larga hilera de hombre
que suben en silencio, pausadamente. No ha
blan. Parece que la obscuridad de la mina se ha
adentrado en el ánimo de cada uno, o la pers
pectiva de pasar ocho horas en medio del tra
fago de los túneles les abruma de antemano
las espaldas. Media entre ellos nada más que u
saludo a regañadientes:

—¿Quiubo, González, ho?

—Güenos días...

—¿Cómo te amaneció el pecho?

—Más o menos...

—Güenos...

—Güenos...

Algo extraordinario preocupa a Filidor. A
más del silencio de la mañana, nota que un
fuerza extraña lo inquieta, empujándolo a u
estado de ausencia especial, tal vez de nostal
gias. Antes había padecido iguales períodos de
ebullición espiritual. Eran días en que recorde

ba el tiempo anterior a su llegada al mineral y un deseo vehemente de volver hasta entonces le crecía con vigor en el pecho, en la sangre, con la fuerza de una flor blanca que se abre paso entre la nieve. Siempre igual, idénticas inquietudes, para volver en seguida a la realidad de los túneles, al tartamudear intermitente de las *chicharras* y *guaguas* horadando las murallas de piedra. ¡Cuántas veces, después de caminar por imaginarios y apartados lugares, vino a naufragar en la rutina desesperante del campamento!

"No, no puede ser —se dice, monologando a medida que subía los escalones—. Hoy mismo dejo todo esto y pesco mis pilchas..."

Un hombre puede repetir tantas veces el proyecto de afrontar una empresa que, aunque las posibilidades no se presenten del todo buenas, llegado el momento decisivo la afronta sin titubeos, como si ya estuviera familiarizado con ella. No sucede así con Filidor. Cuando la Carmela estaba embarazada del primer niño, le dijo:

—Oye, Carmela. En cuanto me *topen* a fin de mes nos iremos pa otra parte. Yo no quiero que tengái tus chiquillos aquí. Ellos también se pegarán en los cerros como nos hemos pegado todos...

Mas la Carmela vio llegar el día de los
presenció su partida sin que nada extraord
rio viniera a alterar su monótono vivir. Am
continuaron con el programa de siempre:
lidor en la mina y ella tratando de sacar el
jor provecho a la estrechez del departame
Y así pasó cada vez que la mujer estuvo pr
ma a dar a luz cada uno de sus cuatro chiq
llos.

"Ahora sí que va de firme —vuelve a m
nologar Contreras—. Ya no pueo aguan
más. Miren que largarme pa'l Cinco..."

La tarde anterior, al terminar el turno,
capataz de la *estocada* lo notificó:

—Dijo el Mister que le van a entregar u
cuadrilla pa que vaya a trabajar a Tenie
Cinco. Será cuestión de *moniar* un poco el c
rro... Por poco tiempo.

Contreras intentó hablar algo; sin emb
go, le pareció tan difícil encontrar las palabr
apropiadas, que optó por no decir nada. Be
de la gorra la lámpara que traía desde el *pic*
donde estaba trabajando, y ensayó jugar c
ella para disimular esa rabia vigorosa que
efervescía progresivamente.

—Tá bien —fue lo único que respondió
se vino por la línea de las vagonetas en dem
da de la *jaula*.

Una vez en el departamento, limpio de polvo del cerro y libre del torturador humo de la dinamita, pudo pensar con más tranquilidad y barajar ideas sobre su nueva situación, tan intempestivamente presentada. Fue cortante en su decisión. Pediría el *arreglo* y con la Carmela y los chiquillos se iría a cualquier parte. Cada cierto tiempo los jefes le habían prometido — sin él solicitarlo— entregarle una cuadrilla a su cargo, como compensación a los largos y duros años que tenía trabajados en los túneles. Era uno de los mejores enmaderadores de la mina; duro para la faena que se precisara llevar a cabo, eficiente, de sus labios nunca había salido la protesta por el exceso de trabajo. Sus compañeros jamás le vieron encaminar sus pasos a las oficinas para llevar alguna información con ánimo de congraciarse. La compensación era ésta: entregarle una cuadrilla para que fuera a trabajar a Teniente Cinco; al *fondiaero*, como le llamaban al lugar los hombres de la mina.

No, de ninguna manera esto puede pasar así no más. Cuando llegue a la casucha a pedir su tarjeta conseguirá con el empleado que en la tarde, al salir de la faena, le tenga el papel de *arreglo* para bajar en dos o tres días más. Desde el fondo de sus pensamientos le llega

una especie de alegría. Al fin y al cabo esta
justicia que han cometido con él le ayuda
romper las amarras que lo tienen durante ta
to tiempo sujeto a la mina. Volverá a ser
hombre libre que va por todas las rutas, dueño
absoluto de su destino. En la tarde, y desd
la misma puerta, le espetará a la Carmela
"¡Mañana sí que nos vamos, pos, m'hijita
Y la Carmela sabrá que es verdad, por fin,
que dice, porque así lo confirmarán sus ojos
sus palabras rejuvenecidas.

En el camino se encuentra con Ambros
Andrade.

—¿Quiubo, Fili?
—¿Quiubo, viejo?
—Supe que te vas por un tiempo al Ci
co...

—No, no me voy...
—¿Por qué?
—Me voy pa'l pueblo...
—¿Cómo?
—Sí. Ahora pido el *arreglo*...

Continúan conversando. De nuevo gravi
tan sobre Filidor las palabras reposadas de
Ambrosio. Son compañeros de trabajo desde
que ambos llegaran casi juntos a las faenas d
la Compañía. Los dos llevan una juventud con
sumida en estos trabajos y se guardan una es

timación de hermanos. Montón apretado de músculos parece Filidor a los cuarenta y cinco años: macizo, fornido, sin muestras de fatiga, ni huella de los años. Más calmado, con mayor perspectiva, y además con una excesiva cultura para un hombre de su condición, es Ambrosio. Ambos se respetan.

—Es malo, Fili, lo que vas a hacer —trata de persuadirlo Ambrosio.

—Nu'hay caso, viejo. Ahora sí que no doblo la rienda...

—Así tan a la ligera todo saldrá mal. Anda pa donde te mandan y luego de un tiempo ves un trabajo en el pueblo, en cualquier parte...

—Tengo qu'irme hoy día, si no, no me iré nunca.

—Dime: y los que estaban allí, ¿qué se hicieron?

—¿Los de la otra cuadrilla?

—Sí...

—Parece que dejaron la pega sin permiso de nadie. No aguantaron más. Es duro ir a meterse a esos túneles donde sólo se siente el ruido de los trenes con *saca*. ¡Puchas, Ambrosio! Ser *enmaderador de avance*, sin tenele asco ni a la dinamita ni al cerro, y después tener que meterse en un trabajo'e chiquillos...

Se quedan en silencio. Ambos conocen esa

sensación de triunfo, ese accionar de vence-
res, cuando el *minero de avance* truena
veinticinco tiros de la *nombrá* y los enmade-
dores se apresuran a prolongar la galería,
vantando pies derechos, sombreros y tiran-
Negros presentimientos les dejan surcos p
nunciados en la frente y una mirada impreci
en las pupilas. Durante un rato van devoran
peldaños. Pasado un tiempo, Ambrosio vue
a hablar:

—Yo en tu caso no me iría todavía.

No tiene respuesta. El trencito está cer
y los preparativos de los palanqueros indic
que en cuanto el número se complete, se i
ciará el viaje hasta la *jaula*. Esperan un poc
Es temprano y ellos se han adelantado a
prolongada caravana que, saliendo de los c
marotes, viene por diversos senderos.

—Salú, gallos. ¿Cómo amaneció el cue
po?

Entran a la *reja*, y no bien el Beto Gon
lez y Rudecindo Inostroza terminan de salud
cuando la locomotora lanza un ronco pita
que anuncia la partida.

—Estamos de malas —informa Ambros

—¿Cómo?

—A Fili lo mandan a Teniente Cinco y
no quiere ir. Prefiere pedir el *arreglo*...

—¿Cierto, Fili?

—Ciertito, pues...

—Yo le digo que no haga tal —continúa Ambrosio—. Es mejor esperar una buena oportunidad pa dejar el mineral. ¿Cómo sabe si encontrará trabajo o no?

El Beto González habla:

—Yo hei estado una pila'e veces por irme, y nunca lo he hecho. Yo no sé qué cosa tiene esta porquería que a uno lo pesca. —Tose levemente y luego continúa—: No debís hacelo así no má, Fili. Mejor esperar. —Se detiene para eludir un acceso de tos, y cuando está tranquilo de nuevo, da término a su pensamiento—: Güeno; al fin y al cabo son cosas de la vida. Es difícil saber en qué parte se pasará mejor, ni si será mucho lo que queda por caminar. Cualquier día nos pesca un tiro, o el cerro nos tapa hasta el cogollo. De todas maneras, la cuerda se nos va a tener que acabar... ¿Usté qué opina, on Rude?

Don Rude es el más viejo del grupo. Por encima de las orejas, apretadas por la gorra de seguridad, le asoma una cabellera blanca, y mientras pronuncia sus palabras con sabor a campo, los pelillos también albos de la barba asienten a lo que él va diciendo:

—Te noto un poco raro, Beto. ¿Qué te pa-

sa? Te ponís a hablar de cosas tristes cuan
no viene al caso. En cuanto a vos, Fili, creo q
no debís hacelo de güenas a primeras. Es
cosas tuyas son de chiquillo que no deja tod
vía la mamaera...

Ríen. Don Rude sigue:

—Cuando yo me vine del campo p'acá, t
dos los días quería volver. Y, sin embargo, aq
me tienen después de quince años. Un güe
día tendrán qu'echar mis güesos a una güint
¿Pa qué otra cosa sirve uno? Si toda una vid
quedó en estas minas, bien está entonces que
infierno lleguemos hechos lingotes de cobre.

Las frases del viejo quitan un poco d
rudeza a los semblantes apenas iluminados p
dos pequeñas ampolletas que cuelgan a los co
tados del carro, y la gravedad del momen
deja de existir en sus salidas oportunas o ane
dotas improvisadas, traídas a colación pa
comparar el caso de Filidor con otros que a
tes conociera.

—Güen dar con on Rude —le palmotea
hombro Filidor—. Con usté nu'hay caso pa
chascarros.

—Así será, pos —responde el viejo—, p
ro vos me la lleváis lejos. Si te largáis, no tend
con quién echar una manito de cuando en v

—¡No, si ya no se irá! —intercede Amb

sio— Si quiere irse un día, tendrá que hacerlo con todos nosotros. Juntos hemos trabajado y también nos iremos juntos.

—No, viejo. Hoy día cortaré de una vez con esto...

El tren se detiene. Los palanqueros abren las puertas y los hombres entran a la *jaula*. En algunos segundos se completa el número y los que suben pierden toda noción de tiempo y espacio ante el avance ineludible de la obscuridad que se aloja entre ellos cuando la puerta es cerrada. Sienten como si los tomaran de la mollera para suspenderlos en el vacío.

Sobreponiéndose al choque de las viseras, a la sensación extraña que produce la subida repentina o las respiraciones sibilantes por la altura o por el esfuerzo gastado en las escalas, se oye de vez en cuando la tos del Beto González.

—Puchas, Beto, ho —murmura alguien—. T'está comiendo la tos.

—Nu'es na, ho. Es que estoy un poco apunao no má...

—Ojalá sea eso, pos, viejo...

Los niveles van sucediéndose: Teniente Tres, Teniente Sub B, Teniente Sub A. Cuando se han dado cuenta de la presencia en la *jaula* de dos o tres serenos que también suben al

cambio de turno, empieza un murmullo ra
que parece naciera de todas las bocas y, ampl
rándose en la promiscuidad del momento, se
hiciera atrevido en la misma cara de los po
cías. Disimulando la voz, los más osados di
logan:

—Chitas qui'hay mal olor aquí...

—Es que van los serenos...

—Por eso...

—Taremos de mala too el día. Nu'hay co
sa peor que suban maricones en la misma la
chá...

—¡Ja, ja, ja!

Los serenos presienten que las orejas se
les tornan coloradas y que un hormigueo mo
lesto les inunda el cuerpo. Pronto se les presen
tará una buena oportunidad y, entonces, cobra
rán amplio desquite.

Filidor recorre mentalmente su vida, los
años trabajados en la mina, los días aquellos
en que estuvo a punto de irse debido a una ra
ra inquietud que le roía las entrañas. ¿Cuántas
veces se ha enfrentado con la sensación indes
criptible que le produce el viaje en la *jaula*
Cuando subió por primera vez en este
a trabajar en la faena que le asignaran, tuvo la
impresión de que todo dejaba de existir a su
lado. Ni las respiraciones de los hombres con

taban para esa indefinible angustia que le apretaba la garganta. El término de la subida adquirió significado de vida que recién empieza. Pero aquello ya se ha diluido en el pasado brumoso. ¿Qué número de años es el que se ha ido con los derrumbes del cerro y con los carros de plomizo metal en bruto vaciado a las *buitras*? Tantos, que todos los calendarios se olvidaron de marcar para él las fechas que pudieran recordarle acontecimientos de trascendencia en su trayectoria por el mineral.

Luego de unos segundos, que tienen duración de siglos para los que van adentro, la *jaula* detiene su ascensión en uno de los niveles tan de improviso como partiera: Teniente Uno. Ahí están la tarjetera y el taller de lámparas. Más allá las galerías, las *buitras*, los *buzones* y las murallas de piedra escondiendo el metal al embate de los hombres y la dinamita.

Los del turno que termina traen las ropas húmedas y los rostros opacos con el polvo de sílice que flota en los túneles. La gruesa suela de sus zapatones cae contra los durmientes de madera y los trozos de cerro diseminados a los lados de la línea de las vagonetas.

En la tarjetera, los que entrarán a trabajar piden sus tarjetas a través de una ventanilla en la que un empleado, con movimientos

rápidos, busca los números en un mueble como casillero. En seguida canta el nombre, para ratificar el éxito de la búsqueda.

—2048 —solicita uno.

El empleado hurga en el casillero y con la tarjeta en la mano, responde:

—José Pavez.

—2050.

—Aliro Gárate.

—2060.

—José Guajardo.

Los hombres forman una larga fila que serpentea como reptil asustado. Pronto la intranquilidad se apodera de todos ante la vecindad del pito que marcará el comienzo de la faena. Apuran al empleado con imprecaciones y maldicen a diestro y siniestro. El señor Carrasco —a cargo de las tarjetas— recibe el chubasco y las manos se le ponen torpes.

—2068.

—Saúl Ramírez.

—No, iñor.

—¿Cómo? ¿No dijo 2058?

—¡Por la chuata el futre tuerto! 2068, de je, iñor...

—No se enoje, pos...

—Amaneció con la mensual, Carrasquito.

¡Ja, ja, ja!

Para Filidor se acerca uno de los momentos más importantes de su vida. ¿Cuántas veces no estuvo por solicitar el papel de *arreglo*? Sí; pero ahora va en definitiva. Mire que eso de mandarlo a Teniente Cinco no es cosa que se la pueda tragar el más inocente. Claro, le dieron una cuadrilla a su cargo con el ánimo de tocarle el amor propio y así aceptara sin vacilaciones. El no es el más inocente, ni encontrarán su lado flaco valiéndose de inocentadas.

Observa nervioso la fila, y a medida que los hombres sacan sus tarjetas y se marchan en demanda de las *estocadas*, Filidor da otro tranco en pos de la casucha y se esfuerza porque la decisión que ha tomado se le enquiste con vigor en el ánimo.

Estando de vacaciones en el pueblo, con la Carmela y los chiquillos, pensó en que quizás podría quedarse, buscar una buena colocación y no volver a la mina. Cada uno de los días de su permanencia en el pueblo estuvo poseído de esa misma angustia, que, al acercarse a la tarjetera, le subía por el cuello a la cabeza. Era la mejor oportunidad para dejar la mina y no volver de nuevo a ella. Mas, cuando llegó el día en que se cumplía el período de vacaciones y vio pasar frente a su casa a compañeros suyos que se encaminaban con la bolsa de *monos* ha-

cia la estación minera, tomó los bártulos con mujer y chiquillos, se dirigió a las ofic de la Compañía para arreglar los papeles retorno.

—2049.

—Rudecindo Inostroza.

—2045.

—Heriberto González.

Otros dos hombres que salgan de la fila Filidor pedirá al señor Carrasco que en la ta de le tenga sus papeles preparados para c brar en la Caja los pesos que le quedan adentr y enhebrar así, de nuevo, rumbos descono dos. Lo dirá en voz alta, de tal manera que t dos los que vienen detrás se impongan y mid la proyección de su actitud. Tal vez el seño Carrasco pestañeará incrédulo y hasta llega a preguntarle si lo que oye es verídico. Ento ces él, expandiendo el pecho fornido por s incontables años de trabajo, le responder "Ciertito, pos. Toy aburrío de todo esto..."

Desde que empezó a trabajar en los *piqu* fue el mejor hombre de la cuadrilla. Cuand el capataz faltaba, era el reemplazante obliga y todos sus compañeros querían laborar ba sus órdenes, pues no se preocupaba de fus garlos, sino que le ponía el hombro a la fae con espíritu encomiable. Resultaba valiosa s

contribución para que el *trato* sumara cifras crecidas. Los otros obreros salían de la mina con un intento de sonrisa en el rostro, e invitaban a Filidor a beber un trago de algún contrabando llegado al campamento.

Fue así como se labró una estimación grande. Todos los que le conocían le dispensaban un cariñoso *don Fili*, y no había nadie que no estuviera dispuesto, cuando la ocasión se presentara, a tenderle su mano ancha y generosa. A pesar de todo, se notaba cansado, hastiado de la repetición mecánica de sus actos. Habría dado cualquiera cosa con tal de cambiar esta inmutable sucesión de horas iguales. Eran años y años en los que los movimientos de la gente, los accidentes de la mina, los insultos de los capataces, se habían identificado a su existencia sin tener ya ningún motivo de interés.

—2047.

—Ambrosio Andrade.

No queda ni siquiera un hombre que lo separe de la ventanilla. Ahí está la cara intrascendente del señor Carrasco, como todos los días, esperando resignado las palabras obscenas de los mineros. Para todos es un ser inofensivo, hueco, si se quiere, sin más problema que el de estar de madrugada —cuando le toca el primer turno— entregando a cada cual la

tarjeta que le corresponde. ¿Por qué en es
preciso instante se le presenta a Filidor co
caracteres tan pronunciados, que casi no a
canzan a insinuar dimensión? ¿Qué subterfu
gio emplea el señor Carrasco para apretarle l
garganta y desbandarle las palabras? Recurre
a todas sus fuerzas, pero sólo consigue compro
bar que es incapaz de tartajear tres o cuatro
sílabas.

Los que subieron en el reciente viaje de la *jaula* se sitúan en los últimos lugares de la fil
y con movimientos bruscos pechan más y má
antes que el pito indicador del comienzo de
turno llegue con su inapelable mandato y los
encuentre todavía en la tarjetera. El resto pro
testa, y la protesta avanza de hombre en hom
bre, hasta que llega el primero. Pero Filidor
está insensible, ausente. Sólo atina a compren
der que traía algo grande para él, algo que de
bía decir al señor Carrasco y que para lanzarlo
sin titubeos precisa nada más que de un im
pulso.

El tarjetero lo observa atentamente a la
espera de que el hombre le cante su número
Como el silencio de Filidor le hace pensar que
tal vez le estén preparando una broma pesada
igual que otras mañanas, sus ojos inician un
pestañeo apurado y nervioso. Con el fin de se

lir pronto de aquella incertidumbre, decide romper esa atmósfera extraña.

—¿Número? —pregunta.

Filidor ya no piensa. No cuentan en este momento los años pasados en el campamento, los días obscuros trabajados en los túneles, ni la voz pausada y segura de la Carmela: "Me gustaría que nos juéramos, Filidor. A veces pienso que la montaña y la dinamita están en contra'e nosotros. Vos sabís cómo han muerto los compañeros tuyos. Un día li'ha de tocar a uno de nosotros... Pa qué vamos a llorar cuando sea tarde..."

"Pa qué vamos a llorar cuando sea tarde", pensó muchas veces Filidor en sus monólogos solitarios. Mas frente al señor Carrasco tiene la cabeza vacía. El subconsciente le dice que se encuentra parado en el filo de un enorme cuchillo y es menester tomar una resolución rápida, sin titubeos.

—2042 —responde.

—Filidor Contreras.

Retira la tarjeta sonambúlicamente y endereza sus pasos hacia las galerías. No quiere decir nada, ni caminar con nadie. Se va solo, a trancos lentos. Presiente las miradas de Ambrosio, el Beto y Rudecindo. Pero no importa. Más allá encontrará los *piques*, las *buitras* que

lo llaman con su potente voz de metal en bru
to. Junto a él las brocas de las *chicharras* se
introducen en las piedras de la montaña, y en
algunos trechos debe contorsionar el cuerpo
para evitar ser atropellado por las vagonetas
mientras un poco lejos, después de un tiro de
dinamita, los enmaderadores le colocan una
sólida funda a la galería que se prolonga en
vigoroso avance, y el polvo de sílice, transitan
do con lentitud por el espacio, trata de forzar
las fosas nasales de los mineros, comunicán
doles un aspecto grotesco, como si todo aquello
sólo fuera un carnaval de hombres tristes.

Se va en busca de la *estocada* que le co
rresponde, pausadamente, tal si su atención
íntegra estuviera absorta en contar los dur
mientes de la línea.

La mina se lo traga con su esperanza.

II

El Beto salió de la *jaula*, sacó su tarjeta, pasó por la lamparera y luego fue en busca de las herramientas que le ayudarían a tronar los tiros que le asignaría el Míster. Del polvorín trajo los explosivos y las guías, y, cuando todo estuvo preparado, acomodó la *chicharra* con la maestría que le había enseñado la práctica continuada, y se entregó de lleno a barrenar el cerro. Como buen *minero de turno* que conoce los efectos del tiro en todos sus detalles, había ubicado las perforaciones de tal manera que, al llegar el fuego al fulminante, la explosión aventara la roca en un extenso trecho: cada tiro ayudando al otro; y así sucesivamente, hasta tronar los veinte o veinticinco de la *nombrá*.

La *chicharra* le golpeaba el pecho y el polvo de sílice desprendido de la roca se le adhería en el rostro y les daba un tono plomizo a los pantalones y a la blusa de color caqui. Al comienzo, el ruido ensordecedor, los prepara-

tivos de los enmaderadores y las imprecacio-
nes de los carreros ahogaron en parte sus pe-
samientos; sin embargo, pronto la monotonía
del trabajo le restó importancia al ruido, y
aquella lucidez especial que notara apenas le
vantado, empezó a traerle a la mente tantos
pasajes de su vida, tantos presentimientos,
quizás proyectos de una existencia que él pre-
tendía llevar si lograba desprenderse de los
tentáculos de la mina. Porque Beto acariciaba
una esperanza, y se aferraba a ella con anhelos
vehementes, aun en medio de la sordidez de los
túneles, del avance indescriptible de las brocas.
Sólo que se notaba algo raro. ¿Por qué esta cla-
ridad en el cerebro para recordar los detalles
más insignificantes de su vida? ¿Qué proceso
se operaba en su organismo, que sentía el cuer-
po liviano, como si le hubieran sacado algunas
vísceras, sin sufrir la ausencia de ellas? Cor-
el aire que daba movimiento a la *chicharra*
acercó el rostro junto a la lámpara para exa-
nar el boquete que estaba abriendo. Entonces
el polvo se le coló con mayor intensidad por las
aletas de la nariz y una comezón inaguantable
adquirió proporciones de flagelo en su cabeza
para acabar en un acceso de tos que le obligó a
dejar la *chicharra* apoyada en el cerro. Escupió
Sacó la lámpara de la visera de seguridad y

alumbró el escupo. Encontró, como siempre, sólo saliva y flema. Reinició la tarea más reconfortado, y la esperanza volvió a pegársele en el cuerpo como hembra insistente.

Intentó una sonrisa cuando recordó la recomendación de su mujer: "Pasa a ver al doctor, pos, Betooo..."

"Pobre Rucia —pensó—. Cree que m'estoy muriendo." Y se apretó con fuerza a la herramienta, aunque el organismo le vibrara íntegro, en un esfuerzo desesperado por evitar que el presentimiento de su mujer se le introdujera en el espíritu.

Mas las palabras suaves y doloridas de la compañera volvían aleteando en tenue descenso de palomas cansadas y se posaban en su cerebro, en el corazón.

* * *

Aquella mañana el camarote 416 había amanecido agitado por una actividad inusitada. Era uno de los camarotes destinados a obreros de la mina, casados, y por cuyos pasadizos transitaba el Beto golpeando en la sensibilidad de las mujeres con su tos implacable. Al sonar el pito de prevención veinte minutos antes de las siete, la *tolva* había recuperado la impor-

tancia que las sombras de la noche le usurpa
ran. En el tercer piso las mujeres tuvieron su
lioso material para endilgar el comentario:

—¿Sabe, señora? Anoche el Beto ni dor
mió con la tosecita...

—¡Gilena cosa! Y pensar que va pa tant
tiempo sin mejorarse...

—Mi marido dice que se lo comió la mina.

—Así será, pos, pero él parece que le tiene
miedo al'hespital...

—¡Habráse visto, señora!

Mientras se retiraba en demanda de su de
partamento, la mujer que diera comienzo a la
conversación se volvió bruscamente al grupo
y lanzó esa especie de sentencia que todos mas
cullaban:

—Un día d'éstos no le van a quedar pulmo
nes ni pa remedio...

En seguida se encogió de hombros, advir
tiendo que lo que iba a agregar no tenía impor
tancia, y:

—¡Si'acabó el Beto, no má!... —dijo.

Se retiraron en silencio. Todo indicaba que
en los risqueríos de la montaña había graznado
un pájaro de mal agüero.

Los hombres salían de sus departamentos
y tranqueaban apresurados para que el pi
que marcaba el turno no les sorprendiera

medio camino. Del 1049 emergió el Beto y se enfrentó a la curiosidad de los que caminaban cerca de él. En la mirada vaga y el andar incierto podía vislumbrarse que el mal que le aquejaba había ganado terreno a trancos acelerados. Los compañeros le observaron disimulando sus penetrantes miradas bajo la visera de seguridad, suavizando de tal manera la expresión de desaliento que proyectaban los ojos todavía somnolentos.

En el instante en que se aprestaba a bajar los primeros peldaños de la escala del tercer piso, alcanzó a percibir la voz de su mujer que, como todas las mañanas, se despedía desde la puerta con ese fastidioso ruego, cuya inutilidad estaba prevista:

—Ahora pasa a ver el dotor, pos, Betooo...

El día anterior, cediendo a los requerimientos de Ambrosio Andrade, que se lo solicitó con insistencia de hermano mayor, accedió a ir hasta el hospital para someterse a un examen médico. El hospital de la Compañía estaba ubicado al borde de una quebrada, a la que llegaban cada año los rodados de nieve a terminar la endiablada carrera iniciada en los picos más altos de la montaña. A él venían los hombres de la mina con los pulmones a mal traer, las mujeres parturientas, los alcanzados

por los derrumbes y los chiquillos que, de to
to correr y tramar diabluras por las escal
acababan con una pierna o un brazo fractura
dos.

El médico que lo examinó defendía su se
riedad imperturbable detrás de un par de len
tes que asentían a todo lo que el facultativo
diagnosticaba. Luego del examen movió la ca
beza con fingida gravedad y habló algunas co
sas que el Beto entendió a medias:

—Usted es un silicótico en segundo grado
—le dijo—, que está propenso a la tuberculo
sis debido a un principio de afección pulmonar
que tiene. La silicosis entra en un grupo de en
fermedades conocidas con el nombre de neu
moconiosis, producidas por la aspiración de
polvos provenientes de materias orgánicas o
minerales...

Lo único que el Beto comprendió con cla
ridad fue que este principio de afección pulmo
nar no era otra cosa que la resultante de una
juventud demasiado turbulenta. Una vez que el
médico se hubo extendido más en sus explica
ciones sobre el mal, supo también que si
continuaba en la mina —tal como le dijera Ar
brosio—, la silicosis seguiría avanzando y pre
parando el terreno a la hemoptisis, que irrum

piría de improviso, anunciando la llegada del grado tercero en el proceso de la silicosis.

"Silicosis . . ., antracosis . . ., neumoconiosis", pensó el Beto cuando del hospital se vino a la casa. Las tres palabras le daban vueltas en el cerebro. Entonces, al recordar la antracosis, entendió perfectamente que todo había tenido su comienzo allá en las minas de carbón de Lota. En estas minas, igual que en Sewell, un día se acercó hasta el médico, porque una punzada martirizadora que sentía en la espalda no lo dejaba dormir.

—Es mejor que se vaya —le aconsejó el facultativo—. Usted tiene los pulmones invadidos por la antracosis . . .

"Antracosis . . ., antracosis . . .", la palabrita le absorbió la atención durante días y noches. ¡Maldito médico! ¡Nunca más volvería a verlo, ni se acercaría donde otro! Huyó de las minas de carbón y cayó en las de cobre.

Sin embargo, los ruegos de Ambrosio y de los demás compañeros pudieron más que su aversión hacia todo lo que le recordaba el primer examen que le hicieran.

—Mejor que ti'hagái ver, Beto. Tai tosiendo mucho . . .

—Sí, Beto, ho. La mina y el *huarapo* t'están jodiendo . . .

Y fue. Y por culpa de los compañeros d
bía pasar, otra vez, atormentado durante día
y noches por las palabritas que el médico, de
de la gravedad de sus lentes, había pronunci
do, resumiendo un destino entero.

"Silicosis..., antracosis..., neumoconio
sis... Usted es un silicótico en segundo grado
Cuando llegue al tercero se hará presente l
hemoptisis... Silicosis..., antracosis..., neu
moconiosis..."

En la noche salió disparado de su depar
tamento en procura de un contrabandista. Con
siguió unas cuantas botellas de *huarapo* y se l
bebió solo, recostado en la cama. Pero ahí, en
tre tinieblas, y a pesar de su repudio, aparecían
los lentes y la voz metálica, grave, tal cual s
estuviera leyendo una sentencia de muerte:

—Silicótico de segundo grado... Cuand
llegue al tercero... Cuando llegue al tercero...

Se restregó con fuerza los ojos. El alcoho
y el cansancio lo tumbaron boca abajo en l
cama. Por última vez, ya casi imperceptible
mente, se le apareció la figura del médico de
pidiéndolo en la puerta de la clínica:

—Para asegurar que la tuberculosis ha re
matado la obra de la silicosis, usted tiene que
desgarrar, acompañar los accesos de tos co
escupitajos sanguinolentos...

Y entre los efectos del pisco, el tráfago de imágenes y palabras desconcertantes que el médico le trajera y la fatiga de la mina, el Beto acarició una esperanza y se aferró a ella entre sueños, con fuerza, prolongándola con la tenue nerviosidad de sus ebrias sonrisas vehementes: todavía no había desgarrado sangre.

—Ahora pasa a ver al dotor, pos, Betooo...

Volvió la cabeza.

—¡Ah, sí! —exclamó. Se había olvidado de que su mujer nada sabía de la visita hecha al hospital. Nunca se lo diría. Sería aumentarle las dificultades de su vida con estas cosas tan extrañas que él aprendiera a fuerza de ser estudiado y examinado por los médicos. ¡Qué entendería la pobre de silicosis y hemoptisis, y de tantas palabras más!

—Hoy iré sin falta —respondió sólo por decir algo. Se fue por la escala principal de Sewell en demanda del trencito minero. A medio andar le vino un acceso de tos y tuvo que doblarse entero para soportarlo.

—Puchas con el Beto. Tá fregao... —comentaron los hombres antes de perderse más allá del camarote.

* * *

Empezó a cansarse. La *chicharra* le pes
más que otros días.
"¡Carajo! Y yo que me sentía tan bien
Detuvo el trabajo. Alcanzó hasta den
había dejado guardado el termos con la che
y volvió con él. Sorbió un largo trago de té. E
líquido se le escapó en finos hilos por los fla
cos de las mandíbulas, dejándole pronunc
das huellas en el polvo que le daba un tono gr
al rostro.
—¡Lindo! Tuavía no empezái a trabaja
cuando ya estái pegao a la *choca*...
Volvió la cabeza y se encontró con una fi
gura que le proyectaba fijamente la luz de l
lámpara. Por la forma especial de la gorra de
dujo que sería el capataz de la *estocada*. La al
tivez que le permitía su trabajo de *minero de
turno*, libre de fiscalizaciones de capataces y
alistadores, lo impulsó a desahogar la molesti
que le produjera el inoportuno cansancio:
—¿Y... qué te va a vos? ¿Compraste l
mina? Si a la tarde no tengo la *nombrá* lista m
la poís conseguir pa que me pongan al *Peneco*.
Ahora trágate no má...
El otro tartajeó unas cuantas obscenid
des, volvió sobre sus trancos y se encaró con é
buzonero más cercano:
—Menea la saca, pos, viejo, ho...

—¿Y qué quiere, pos, iñor, si la Virgen tá recontra apretá?

El *buzonero* levantó la tapa del *buzón* y dialogó con alguien que parecía le escuchaba en medio de las rocas:

—Ya, pos, *viejita linda*. Suelta la *saca*...

De repente un ruido ronco retumbó en la *estocada*, como si el cerro se hubiera soltado.

—¡Chuata! —casi gritó el *buzonero*—. La suertecita mía. Ahora cayó un camote que tapa too el *buzón*. Voy a tener que tronar un tiro.

Movió la cabeza en señal de profundo desagrado.

—Ta *voliao* el cerro pa'l otro lao, por los pelos'e Cristo —agregó con rabia.

—Y con los carros que llevamos no tenimos ni pa pagar el puchero... —terminó el comentario un carrero que venía llegando con su vagoneta.

—Oiga, carrerito, écheme una manito aquí, mire que tengo que tronar un tiro a esta piedrecita que me tiró el viejito barbeta.

El *buzonero* puso en condiciones la *guagua*, y con la mitad del cuerpo dentro del *buzón*, dejando el trasero afuera, empezó a trabajar en la piedra, preparando el tiro.

—Guarde, iñor. No se meta mucho, que lo puee *picar el pollo* —le recomendó el carrero.

—Aguántese, no má, gancho. Ya'stá casi lista...

Parecía que el capataz de la *estocada* se había ido y el jefe del nivel encerrado en la oficina, pues algunos hombres aprovecharon para tomar un pequeño descanso que les permitiera reiniciar la faena con mayores bríos. De la *buitra* cercana llegó un grito agudo, casi perdido por el tartamudear de la *guagua* que perforaba la roca en el *buzón*:

—¡Eech, *buzonerooo*!...

El hombre sacó el cuerpo del *buzón* y detuvo la broca.

—¿Qué querís, hom?

—¡Esconde el agujerooo!...

La madre, el padre y toda la parentela del autor de la broma salieron a deambular por el túnel antes que el *buzonero* pusiera otra vez en trabajo la *guagua*. Transcurrido un rato, emergió su cabeza:

—Ya, ganchito. Páseme la dinamita y la brea.

Colocó el explosivo taconeando el hoyo de la roca con pedazos de brea, y una vez metido el fulminante y alargada la guía, encendió la mecha.

—Lárguese pa'l otro lao, carrerito, y no

me deje pasar a nadie... Salió grandaza la tonta, así que tuve que ponele cachá doble...

Cada hombre se situó a un lado del túnel a varios metros del *buzón*.

—¡Con fuego grande, corriendo el setenta y cincooo!...

El eco de la explosión fue golpeando las murallas de piedra de todo el nivel. Los enmaderadores y *mineros de turno* continuaron trabajando como si nada hubiese pasado. El *buzonero* del setenta y cinco se abalanzó a examinar los efectos del tiro.

—Macanudo, carrerito. Apúrese ahora no má, iñor, pa que saquemos la *nombrá*...

Llenaron la vagoneta y el carrero se encaminó a vaciarla a la *buitra* cercana. En seguida arribó otro carrero y la operación se repitió.

—Aprovechemos que se abrió la *viejita*...

La mina, como una enorme ciudad, obscura, sudorosa y polvorienta, había llegado al máximo de su actividad y se arrastraba —animal negro e indescriptible—, respirando fatigosamente, enfilando el rumbo en procura del cobre, la vida y la muerte.

* * *

El Beto había decidido ir de nuevo al pol-

vorín, pues la guía que trajera resultaba escasa para tronar los tiros que precisaba nombrá recibida en la mañana. Fue entonces mientras caminaba por encima de los durmien tes de la línea de los carritos, cuando los tim bres de alarma empezaron a sonar con estri dencia a lo largo de todos los túneles en que se ramificaba el nivel Teniente Uno. Los hombres no le dieron importancia al anuncio. Algunos rieron:

—Chitas. Ya'stán fregando los *gringos* otra vez...

Sin embargo, al largo grito de alarma siguió el nervioso campanilleo de los teléfonos de emergencia.

Al Beto le pareció extraña la insistencia de los timbres. Apuró el tranco y descolgó el auricular del teléfono que había más a mano. Una voz angustiada le golpeó los tímpanos:

—Aló, Teniente Uno; aló, Teniente Uno...

—Sí, iñor. Diga no má...

—Ahí en Teniente Uno se está incendiando la Reparación de Carros. Abandonen el lugar porque el humo baja hasta Teniente Cinco y vuelve a los niveles de arriba...

—¿Y las puertas de seguridad?

—Puea ser que aguanten. Pero hay orden de abandonar la mina. Aquí los hombres...

—Aló, aló...

El Beto se volvió hacia los compañeros y les gritó las noticias recibidas:

—S'está quemando la Reparación, y el humo viene p'acá...

Un estampido formidable subrayó las palabras de González, mientras apretadas nubes de polvo negro, espeso, empezaban a devorar los primeros tramos de Teniente Uno. Con la rapidez del relámpago los hombres comprendieron la gravedad del momento.

—Arranquemos pa'l polvorín, gallos —insinuó el Beto.

Pero los otros no le escucharon. Ya la nerviosidad ponía lerdos los movimientos y el deseo imperioso de alcanzar la salida de la mina les absorbía los más fugaces pensamientos.

—No; vamos pa la *jaula* mejor —dijo uno.

Los otros obedecieron mecánicamente. El Beto se irguió entonces, vislumbrando las proporciones del siniestro.

—Puchas. ¿Que no ven que la puerta de seguridad reventó y el humo viene por el hoyo de la *jaula*?

Unos corrían desatentados camino de la *jaula*. Otros, a los cuales ya había alcanzado el efecto salvaje del humo, se lanzaban al suelo y buscaban el oxígeno necesario para resistir jun-

to a los durmientes, a las rocas, al lado de la
cañerías de aire. En cortos instantes la estoca
da fue sólo un túnel apretado de humo y de
figuras imprecisas que apenas se distinguían.
El Beto respiró con gran dificultad y sintió un
cosquilleo raro en el pecho. Instantáneamente
las piernas se le aflojaron. Sombras vagueantes
cruzaban por sus pupilas. Apeló a un destello
de lucidez y alcanzó el termo con la *choca*. Mo-
jó el pañuelo y se lo colocó en las narices. Tro-
pezó con un cuerpo, cayendo de rodillas. Acer-
có la lámpara para ver a quién había golpeado,
pero la tenue luz no pudo traspasar el grueso
humo que inundaba la galería. Por un instante
le pareció perdido cualquier esfuerzo. "Si 'aca-
bó todo", dijo para sí. Intentó ponerse de pie.
"Caramba, ¿a qué seguir? Neumoconiosis...,
antracosis..., silicosis. Lo mismo muero aquí
que mañana o pasado." "Usted es un silicótico
de segundo grado. Para saber que ha llegado al
tercer grado tendrá que botar sangre." La es-
peranza lo levantaba de nuevo. "Ahora pasa a
ver al dotor, pos, Betooo..." Ahí surgían las
palabras de la Rucia, su mujer. ¡Ah, de veras!
No estaba solo. Y la Pecosa chica, ayudándole
en las mañanas a la madre a preparar su *choca*
cobraba importancia entre el repentino golpe
de borrosas visiones. Una de aquellas tardes

él había sentado a la muchacha en sus piernas, besándole las mejillas pobladas de pecas, igual que la madre:

—Oye, Pecosa. Cuando estés más grande te llevaré a Rancagua, pa que aprendái a leer. Tenís que ser algo.

Un mundo de fantasías y de distancias puso vidriosos los ojos azules y profundos de la muchacha.

—¿De veras, viejo?

—De veras...

Una y otra vez la esperanza empujaba al Beto. El humo se colaba a través del pañuelo y le picaba los bronquios. Se arrastró adherido a la muralla de piedra. "Si me viene la tos, me jodo", intuía a través de la niebla que se le introducía en la cabeza. De pronto palpó una especie de muro de cemento: "Menos mal; el polvorín..."

La tos le arañaba la garganta. Buscó la puerta de entrada a trastabillones. Por fin, un hueco estrecho le indicó que la salvación momentánea se ponía a su alcance. Al entrar anhelante en procura del refugio, se estrelló con alguien que le imitaba en el mismo intento. Una vez adentro, y antes de que el acceso de tos lo descompusiera íntegro, levantó la cabeza para examinar a su compañero. Le costó identificar-

lo: unas mejillas rasmilladas, las narices sang
grando, y el pelo y la blusa mojados con el té de
la *choca* que el hombre se había vaciado en la
cabeza.

—Filidor...

—Beto...

ESTUDIO CRITICO SOBRE LA NOVELA

III

"MALDITOS DÍAS estos. Hay que lavar, tender la ropa y hacer el puchero en la cocina. Ya'stá pareciendo fonda la pieza con tanto trapo colgao..."

La Carmela frunce el ceño para escudriñar el cielo y luego se pierde tras la puerta de su departamento. Una vez adentro, se enfrasca en preparar los tiestos para el almuerzo.

Ha nevado con insistencia sobre el campamento. Primero fueron hilachas blancas que cayeron sin importancia.

—La última nevazón del año —dijeron las mujeres, poniéndose las manos en la frente, a guisa de visera, para otear el temporal. Pronto los techos de los camarotes se cubrieron como tortas de confitería y el *planchón* fue creciendo, asomando en actitud beligerante sus puntudos dedos de hielo, con la desleal intención de caer sobre la cabeza de algún transeúnte que se aventurase por aquellos caminos sin huella.

Son días que ponen de mal genio a la Ca
mela, le oprimen el espíritu. Si cuando hay s
tienen la montaña ahí, encima, por todas pa
tes, ahora se les introduce en la pieza, en la c
cina, en el comedor; inunda íntegro el camar
te con esa albura sin fin que deja delicados l
ojos. ¡Tantas veces vio el mismo paisaje! Tan
tas, que bien puede predecir cuándo llegará e
término de las nevazones y cuál será el comie
zo de los calores del verano.

Acordándose de improviso de algo, abr
la puerta y grita sin dirección:

—¡Nicooo!...

De una de las escalas del camarote le re
ponde una voz de chiquillo:

—¿Qué quiere, iñora?

—Vení pa que vai al almacén.

—Por la chita, que no me eja tranqui
ni'un rato... —rezonga el muchacho a medi
que se acerca. Está en silencio durante el tie
po que toma en recibir el dinero de la compra
pero al alejarse en demanda del almacén d
rienda suelta a su lengua, como si al decid
ocuparlo en aquella diligencia, la Carmela h
biera cometido la peor injusticia del mund
Todos los pisos del camarote se imponen de s
interminable rezongar:

—Lo tiene a uno pa los mandaos, no má... Conque sé tal, mejor voy a la escuela, pos...

Una vez que la vecina ve pasar al Nico vociferando su protesta a voz en cuello, decide entrar a visitar a la Carmela. El acusar al muchacho por su arraigada costumbre de discutir la autoridad que su madre tiene para ocuparlo, le da pretexto con que introducirse al departamento del lado:

—¿Sabe, señora Carmelita? El Nico todavía va rezongando.

—Sí, señora. Déjelo no má. El sinvergüenza se hizo el enfermo pa no ir a la escuela. Es lo de toos los días, pero ya verá lo qu'es güeno. El Orlando y la Hortensia no faltan a clases, pero el lindo se quea haciéndose el leso...

La curiosidad de las vecinas merodeaba en torno a la vida de la Carmela. Preguntas indiscretas, celadas preparadas con anticipación, siempre dirigidas a hurgar en lo que existiera dentro del hermético vivir de la compañera de Filidor. La mujer comprendía el interés de la vecindad y sus respuestas, entonces, eran cortantes y bruscas.

Imponía respeto con su eterna actitud erguida. Alta. Robusta. Cortaba el viento con sus macizos pechos. Sólo le preocupaban Filidor y los chiquillos. Escuchaba impávida el *pelam-*

bre de las otras mujeres que se reunían en
tolva. Cuando deseaba decir algo, sorbía un p
co las narices, señal inequívoca de que habla
sobre un tema que para ella tenía mucha
portancia, y aventaba las palabras con ca
ma, sin apurarse ni titubear. En tales momen
tos, todas las mujeres cerraban sus boca
—cosa difícil de conseguir— y dirigían los ojo
a la Carmela. Su crecido moño negro atalayab
la atención del auditorio. Mas, como no decía
nada de nadie, ni agregaba nada nuevo sobr
las mujeres infieles al marido, las vecinas se
retiraban defraudadas, esperando que la Car
mela volviera a su departamento para, en re
presalia, echarle la *pelona* a ella. Eso era todo

Se rumoreaba que Filidor la había traído
al campamento después de encontrarla en una
casa de prostitución de Rancagua. Sin embar
go, el comentario corría con pasos de gato por
los rincones de los cuartos, y las mujeres ni si
quiera se atrevían a insinuarlo cerca de Filidor
o de la Carmela. Una vez que Ambrosio Andra
de se impuso por casualidad del comentario
rechazó indignado la versión, y, a su vez, con
conocer a la Carmela desde muchísimos años
atrás. La aseveración de Ambrosio vino a de
mostrar que el rumor no era otra cosa que el
producto de la envidia por el proceder honrad

de la mujer. Y no se volvió a hablar de ello, pues todos sabían que Ambrosio Andrade se había ganado fama de serio, además de ser compañero de Filidor desde que ambos arribaran a los trabajos iniciales del mineral.

Entonces vino la especie de que la Carmela trabajaba en concomitancia con un *guachacayero*, y que su departamento era el paradero del contrabandista. Cada mujer informaba saber algo más al respecto, y todas las mañanas, luego de la reunión en la *tolva*, la historia salía robustecida.

—Dicen qu'ella vende el contrabando...

—¿Síii?

—Y qu'el marío no sabe ,na d'esto...

—Mírenla...

—Y que anoche parece que se dejó caer el *guachacayero* con una *cutra* grandota... Y di'aguardiente purito...

—Benaiga...

De ahí que la Carmela no se extraña cuando la Rosa Morepo, esa vecina que de mañanita sale a pregonar el diario del campamento y a inquirir noticias donde las tengan nuevas, observando el instante propicio, le espeta:

—Dicen que por aquí se dejó caer un *guachacayero*. ¿Será verdad, doña? Nosotros ta-

mos necesitaos di'un poco de pisco pa'l s
to'e mi mario...

La Carmela ha comprendido el *tiro* de l
vecina. Deja caer la ruda respuesta junto a
chocar premeditado de tiestos en el lavaplato

—No sabría contestale, mire, porque
a ciencia cierta yo creo que sería mejor pregu
tale a los serenos, que saben harto d'estas cue
tiones...

El silencio que inunda el cuarto sólo sirv
para acentuar los movimientos de la dueña d
casa. Pasado un momento, ya repuesta de l
agitación del instante, la Rosa Moreno endil
la conversación por otros senderos:

—¿Así que a su mario lo mandaron pa Te
niente Cinco? ¡Hay que ver, doña Carmelita!

—Sí, señora. Antiayer no má lo notifica
ron.

—¡Güen dar! Y, según he oído, no aguanta
nadie en esa pega.

—Así es, pos.

La Rosa Moreno es una de esas mujeres
que tanto abundan en el mineral, alrededor d
las cuales gira todo el *pelambre* del campamen
to.

—No es por pelar, pero dicen que la fulan
na...

De esta manera empieza siempre. Carme

pea dos o tres veces —anticipo de que el desmenuzamiento de honorabilidades es largo— y da rienda suelta a su imaginación, que deambula por todas las casas y se cuela por cualquier resquicio que le abre alguna fea actitud de una muchacha, o bien de una señora que, según la Rosa Moreno, le *hace las diez de última al marido.*

—Pero no era a su marío al que iban a echar a ese trabajo —informa, izando su ancha bandera de orgullo por estar bien informada respecto a lo que sucede en la mina.

—¿Sí? No he sabío naíta... —Una leve curiosidad traslucen las palabras de la Carmela. Conteniéndose a duras penas interroga con disimulo—: ¿Cómo supo usted?

—¡Claro, pos! Al qu'iban a mandar era al capataz Fernández, uno que le dicen El Fraile. ¿Lo conoce usted? ¿No? Güeno; la cuestión es qu'el gallo ese jue aonde los jefes y a fuerza de cuentos se la consiguió a don Fili...

—¡Ah!

La Carmela siente una necesidad incontenible de rebelarse; por sus venas transita algo que le quema la sangre; es como si le recorriera todo el cuerpo y ya cerca de la garganta se transformara en imprecación. A través de los vidrios de la ventana observa la nieve que cae,

la montaña blanca. Progresivamente se tra
quiliza, esforzándose por no delatar su em
ción. En seguida, en voz alta y contra su co
tumbre, explica:

—No importa. Siempre la montaña estu
contra nosotros. Yo l'hei dicho a Fili qu'es
no acabará hasta que no nos vamos. Yo tam
mis chiquillos aquí contra mi voluntad. Por es
será que me costó tanto darlos a luz. Cada ve
que mi vientre estuvo hinchado, sentí que l
muerte rondaba cerca de mi cama. Los amigo
nuestros fueron desapareciendo uno por uno
tiros de dinamita, derrumbes del cerro, caída
al precipicio. Ahora sólo quedan Ambrosio, Ro
decindo y el Beto. Un día ellos también termi
narán con sus días, y entonces empezarán a
caer los nuestros, Filidor, mis hijos. Yo lo pre
siento con todas mis fuerzas; es algo que l
llevo en las entrañas, como si de nuevo est
viera embarazada y una vida ajena fuera cr
ciendo dentro de mí misma...

El silencio retorna más denso que antes
La Carmela se ensimisma. Piensa en su marid
trabajando en los socavones, afrontando la
circunstancias con la fatal resignación que l
mina le enseñara. Vuelve a clavársele en mitad
del corazón el recuerdo de Armando, el hi
mayor, que lleva ya dos años atrapado por la

brutales labores de la mina y al que ella ve débil para resistir ese ambiente preñado de vicios con que los túneles esperan a los jóvenes. ¡Si lo tuviera a su lado para dirigirlo! Pero ha cumplido hace tiempo los dieciocho años y debe, por lo tanto, ocupar una de las habitaciones de solteros, cerca de la mina, en Teniente C. Los reglamentos de la Compañía resultan inflexibles en este sentido. De tarde en tarde llegaba Armando por el departamento de sus padres a fastidiarse con los consejos de la Carmela. La mujer sufría con la certidumbre de que el muchacho iba mal, le dolía ese espíritu de que hacía alarde, esas ansias tremendas de ser ya, a tan temprana edad, el minero que domina todos los secretos de las galerías y sabe demostrar su hombría ancha en cada ocasión que se le presente.

—Pa ser hombre nu'hay necesidad de fantasear —le decía con suavidad. Mas el muchacho tenía el ceño duro y la mirada displicente cuando la mujer hablaba. No respondía. En dos años, la noche de los túneles había echado raíces profundas en su ánimo, y el silencio de los niveles florecía en sus movimientos cansinos.

Todavía faltan el Ñico y el Orlando. Ahora corren despreocupadamente por las escalas, se desarrollan para ir mañana —cuando tengan

la edad correspondiente— a las oficinas de l
Compañía a enrolarse en la eterna caravana d
hombres que cada mañana tritura la mina.
Como buena mujer que ha venido pelea
do con su destino a brazo partido, lleva una e
perstición royéndole las entrañas. La caída d
un rodado, un temporal de nieve, el derrumb
del cerro, todo se transforma para ella en l
señal inequívoca de que algo vendrá a cambia
el desenvolvimiento de su destino. Cuando e
taba enferma de Armando, en una de las gal
rías de la mina quedaron aislados varios obre
ros. La mayor parte de ellos murieron asfixi
dos. Ella dijo:

—Este chiquillo me va a costar la vida.

Y no estuvo muy errada, porque en el ho
pital de la Compañía transpiraron a raudale
tratando de sostener esa vida que se iba y l
que estaba por llegar.

Al instalarse su marido en el campamen
en la montaña se produjo un derrumbe y u
hombre quedó debajo de las rocas, tal vez pa
siempre, pues para rescatarlo era preciso m
ver unas cuantas toneladas de piedras. La Co
mela comentó:

—Me tinca, no sé por qué, que nosotr
también nos quedaremos aquí para siempre
Y así fue. Estrellándose con las altas m

rallas de su camarote pasaron los días, nevaron los temporales y el viento azotó la ropa colgada cuando el invierno arribó sin aviso previo. "Un día d'éstos nos iremos", argüía Filidor. Sin embargo, la Carmela sabía que las palabras de su marido no tenían eco, ya que la montaña se las tragaba apenas gesticuladas. En seguida fueron llegando los chiquillos: Armando, el Ñico, el Orlando, la Hortensia. Todos resultaban pesadas anclas echadas en el silencio de la Carmela.

La Rosa Moreno desea romper esta quietud que no se concilia con su temperamento dinámico, agresivo para con la honorabilidad de terceros. Comenta:

—Pero yo creo que luego pondrán a su marío de capataz de planta...

—¿Usted cree?

—Mi marío así lo dijo. En la mina todos piensan lo mismo...

La Carmela sufre en plena llaga el dedo punzante de la vecina. No le agrada hablar mucho, pero quizás diciendo las cosas con calma podrá desahogarse un poco, sin dar pábulo a la maledicencia de la Rosa Moreno. Pronuncia con la boca y los ojos:

—Sí. Todos piensan así, pero no será como

ellos piensan. Filidor nunca fue a dar vuelt
por las oficinas de los jefes...

—También es cierto...

—...¿y pa qué le van a dar grados ahor
Con la jineta de cabo no le pagarán la vida qu
él ha perdío en la mina, ni a mí me pagarán l
noches que hei pasao en vela cuidando su su
ño cuando le noté la respiración mala. ¿Es qu
con ponerlo de capataz mis chiquillos tendrá
aire puro pa sus pulmones?

Esta había sido su vida desde que llegan
al mineral: una eterna vigilia por su hombr
y los chiquillos. Sentía un temor extraño d
perderlos algún día. Fuertes pulsaciones gol
peaban en su pecho cuando Contreras dejab
el departamento para ir en busca de la *jaula*
tranqueando fuerte en el pavimento de los pa
sadizos.

A veces, cuando el turno de Filidor llevab
corrido un largo espacio de tiempo, del lado d
la mina llegaba la apurada noticia de un acc
dente. Las mujeres se asomaban a las barr
das de las habitaciones, para presenciar el p
so del herido, o de los que hubiera. La Carme
salía, entonces, con el pulso detenido, los o
bruñidos de presentimientos indefinibles. A
donde terminaba la escala y empezaba su vi
el tren eléctrico aparecían las viseras brillan

y los pasos acompasados de cuatro hombres portando sobre sus hombros la camilla con el accidentado. Era un cortejo tétrico. Se detenían los que transitaban por las escalas, y los chiquillos y mujeres, desde los camarotes, trataban de adivinar el nombre del que llevaban cubierto con frazadas. El tiempo permanecía estacionado y el silencio acrecía la importancia de las maquinarias del Molino, que continuaban laborando con el metal en tránsito, ajenas a la muerte que merodeaba cerca.

Pronto se tenían informaciones concretas del suceso:

—¿Sabe? Falló *l'estocá* en el B-Norte y pescó a Pancho Ramírez...

—¿Pancho Ramírez, dice?

La angustia cosquilleábales las vértebras a las mujeres, hasta que la noticia llegaba a oídos de la compañera de Ramírez y ésta, entre alaridos, salía desatentada en procura del hospital.

Todos estos episodios le estrujaban el corazón a la Carmela. Y a pesar de eso dejaba correr los días con los presentimientos amarrados en la garganta. Nunca nadie supo de ellos. En el camarote sólo conocían las tundas mortíferas que le aplicara primero a Armando y

luego al Ñico por las diabluras con que exaspe
raban a la gente del lugar.

Tampoco se quejó jamás de que dos de sus
chiquillos le hubieran salido malos sin apela
ción. Los quería lo mismo que a los otros. Eran
tan hijos de ella con sus maldades como el Os
lando con sus trancos livianos, caminando por
las escalas para ver pasar el tren de pasajeros
que todas las tardes daba término a su viaje en
el campamento. O como la raquítica Hortensia
que sólo atinaba a delatar al Ñico por las bru
talidades que le dijera delante de los compa
ñeros, en la escuela. Su vientre los había echa
do igual al mundo, y ella escudriñaba el futuro
a fin de saber de antemano lo que vendría para
los muchachos. Lo grave era que ahí cerca es
taba la mina, sus galerías obscuras, los socave
nes gravitando sobre el destino de hombres,
mujeres, ancianos y niños del campamento.

Ha nevado con fuerza inusitada. La nieve
está en todas partes: en las escalas, en los te
chos, en la montaña, en el espíritu de las muje
res que miran con zozobra el risquerío, espe
rando que el pito de salida les restituya el ma
rido.

—Mire —cuenta la Rosa Moreno—, yo
también hei tenío hijos. Todos nacieron y

criaron cerca de la mina. El agüelo era minero, el padre minero, y cuando ellos estuvieron grandes, pescaron los *monos* y se las envelaron pa la oficina a inscribirse en la faena. Eran dos. A uno lo pescó el *sorocho* aentro'e la mina y vino a morir al hospital. El otro, miedoso por lo que le había pasao al hermano, se fue por la cordillera pa'l lao argentino. Nunca hemos sabío nada de él. Pero uno si'acostumbra. Tamos tan hechos a esto que no podríamos vivir en otra parte. Nos da lo mismo, pase lo que pase. Sabimos que a tal hora tocará el pito y que a esa hora habrá que tenerle el desayuno al marío, o el almuerzo cuando salga en la tarde... Los que vienen de ajuera dicen que aquí no se podría vivir; y ya ve, nosotros no sabríamos hacerlo en otra parte en que no estuviera la mina a unos cuantos metros...

—Sí —asiente la Carmela—, a todo se acostumbra el cuerpo. Pero yo no quiero llegar a eso. Tengo todavía mis chiquillos y mi marío, y sería capaz de atravesar estas montañas pa encontrar fuerzas con que defenderlos.

Se calla. Piensa en que quizás ha hablado demasiado. Para torcer el rumbo de la conversación, toma la tetera del agua que hierve con estridencia, y sacando el cántaro en que acostumbra a cebar mate, lo ofrece a la vecina:

—¿Quiere cebar un matecito, doña Rem
Si'abriga no má al salir, y no li'hará nada
—No, muchas gracias, doña Carmelit
Ya'stamos en l'hora de salía del turno de noch
y ligerito llegará el José Manuel. Para ent
oportunidá será . . . —termina la vecina, lamen
tándose de no poder alternar otro rato ahora
que la Carmela demuestra tantos deseos de de
cir algunas cosas que antes no le oyera ni por
casualidad.

Cuando abre la puerta para salir, entra
el pito de la mina que pregona el fin del turno
de la noche y el comienzo del de la mañana, que
durará hasta las tres de la tarde. Para eludir el
frío de la nieve, las mujeres evitan salir a la
baranda del camarote, y, previsoras, auscultan
las escalas desde su ventana.

Luego la Carmela ve pasar a los hombres
a través de sus visillos. Van empujados por el
viento y la nieve, que les dan brillos insospe
chados a las viseras de metal. Encorvados, tan
to por las ocho horas vividas en la penumbra
de las galerías como por el vano intento de
suavizar el cruel azote del temporal. Los mira
pasar, pero no piensa en ellos. Tal vez, en es
momento, su mente esté absorta en lo que pue
da suceder en la mina, en el trabajo de Arman

do, en el porvenir del Nico, Orlando y la Hortensia. En fin: en su vida.

Pero no. No son los hombres de los túneles, ni lo que pueda estar pasando en las galerías en este instante, lo que le preocupa. ¿De dónde llegó este temporal inusitado? ¿Estas ráfagas de viento espolvoreador de nieve? ¿Estos gemidos de la montaña cuando el agua corre por sus quebradas? No, no es el tiempo para que se desencadenen temporales de tanto cuerpo. Ya está cerca el verano, los días claros con el cielo apenas manchado por la negra brocha de las chimeneas. ¿Qué quiere decir esto en la redoma de su vida? ¿Qué raros designios marca esta avalancha de los elementos en la trayectoria de su destino? No puede haber algo más, que no sea esto, tan poderoso como para intranquilizarla de tal manera... Ni siquiera la preocupación de tenerle el almuerzo a Filidor. Bien sabe que él no llegará hasta las tres de la tarde, y que la puerta del departamento —sólo entonces— dejará pasar su voz todavía astillada por las *guaguas* y *chicharras*: "¿Qué dice el puchero, pos, iñora?"

Está impávida, ausente, con el cántaro de agua tomado a dos manos. Tiene en los ojos la nieve, la montaña blanca y enorme, la caravana de hombres silenciosos que descienden las es-

calas cubiertas de nieve. De repente se sorpre
de, y a manera de justificación se pregunta e
voz alta:

—¿Por qué si habrá demorao tanto el
co? Apuesto que me va a salir con que se le
yó la plata a la nieve...

Y se queda pegada a la ventana, estátic
como la montaña, sin una mueca en el rostr
casi endurecido por su inexpresión, desmen
zando lo que puede significar el temporal en s
existencia, en la del campamento, en la de to
dos, consumiendo paulatinamente el mate, ta
si estuviera sorbiendo el horizonte, el futuro

En ese mismo momento la apacibilidad e
destruida por la entrada intempestiva de l
Rosa Moreno, que, agitando los brazos y co
gesto angustiado, barbota palabras apresura
das, a medio hilvanar:

—Señora, por Diosito. Un accidente en l
mina... Vinieron a llamarme por si mi mar
está aentro... Las cuadrillas de seguridad t
subiendo porque empezaron a sacar muertos

La Carmela corre sin contestar, echa u
chal negro encima de sus hombros, y sale pue
ta afuera camino de Punta de Rieles. Al lleg
al primer piso del camarote, encuentra al N
que trae las últimas noticias del accidente.

—Vamos, vamos, apúrate. Nos metim

hasta donde nos dejen entrar —le ordena la mujer.

Y mientras el Nico, especulando con la importancia que ha adquirido de improviso, explica los detalles del accidente recogidos en su viaje al almacén, la nieve clava alfileres en el moño de la Carmela.

IV

—PUEA SER que el humo haya bajao —dijo el Beto.

—Echemos un vistazo...

Filidor se encaminó a la puerta y la abrió con sigilo. Una bocanada de humo entró, apretándose, por el estrecho hueco que hiciera el hombre para otear el túnel. Cerró con rapidez.

—Nu'hay caso. Toavía estamos bloqueaos.

Habrían transcurrido tres horas desde el momento en que se iniciara el siniestro en la mina. Los dos hombres, al comienzo aturdidos por los efectos del humo, terminaron por explicarse cada uno de los detalles que podían haber contribuido a producir un accidente de tal naturaleza. Todas las circunstancias indicaban que el fuego de la Reparación de Carros al quemar maderas, cables alquitranados y materias contra la humedad que enfundaban las galerías, había producido ese humo, espeso, picante, tóxico, que llegaba en un abrir y cerrar de

ojos a los pulmones y paralizaba los movimientos como una droga mortífera.

—Ahora recuerdo —comentó Filiberto— que mi padre hablaba de una mina del Norte que si acabó por un incendio así. El humo fue a los túneles y los hombres murieron como hormigas. La compresora que tenían para dar aire a los mineros se encargó de empujar el humo pa'entro. Aquí parece que pasó lo mismo.

—Ojalá que no se les ocurra parar todas las máquinas —agregó el Beto—. Si nos corta el aire nos tiran pa'l otro lao al tiro.

Esta había sido la obsesión de los dos hombres. Minuto a minuto, hora tras hora, sus vidas estuvieron pendientes de las cañerías de aire. Si en cualquier instante las compresoras detenían su marcha regular, ambos tendrían que salir a enfrentarse con el humo, a esperar la muerte dentro de aquella enorme caja de cemento.

Volvieron a sentarse en los cajones diminteros. La transpiración corría por sus rostros. De vez en cuando el Beto carraspeaba con fuerza, tratando de botar todo el humo que pensaba, habíale quedado rezagado en las vías respiratorias. No tenían idea de las veces que habían abierto la puerta, con extremo cuidado a fin de cerciorarse del proceso del humo. Sin

pre, a cada intento, deambulando lentamente, con prestancia de dueño y señor de la mina, el negro humo se estrellaba contra las paredes del cerro, hurgaba allá donde nuevos *piques* bifurcaban el nivel, y, ya cumplido su macabro cometido, lamía las espaldas de los mineros que cayeran junto a la línea de las vagonetas, o bien se colaba por entre los miembros de los hombres que colgaban de las escalas auxiliares, tiesos, los dedos apretados a los peldaños, aferrados al compañero que, al morir en mitad de la ascensión, se había transformado en una valla inexpugnable para las ansias de vida que venían detrás de él. El humo acariciaba tenuemente los párpados de los muertos, pasándoles sus imperceptibles manos por las mejillas amoratadas; observaba el silencio de los caídos, arrebujado en una tupida y extensa capa que se abría y cerraba, sin perder nunca su enorme dimensión, como un pájaro viscoso e inmenso que se hubiera apropiado de la mina entera y vigilara, celoso, sus pertenencias.

Filidor se quedó mirando las puntas de sus zapatones.

—Me tinca que de aquí no vamos a salir —un fatalismo impresionante golpeaba en sus palabras—. El humo tiene pa rato. A lo mejor

los *gringos* piensan que parando las compr
ras, la mina se podrá limpiar . . .

El Beto no contestó. Esperó a que trans
rriera un rato de profundo silencio, y en voz
da habló:

—Las cosas que nos han pasao a nosotr
en la mina. Yo llevo ocho años y tengo pa h
blar una semana de lo que aquí he visto
¿Cuánto tiempo tenís trabajao en el minero
Fili?

—Yo, veinte. Tal vez sean veinte no m
—Se puso de pie y afirmó las espaldas en la p
red—. ¡Terminar veinte años de trabajo ah
gado por el humo, encerrado en un polvorín

—A lo mejor logramos salir, Fili, ho
No sé, pero ahora, cuando parece que est
más cerca de la muerte, le encuentro algo b
nito a la vía. Jodido y too, con esta tos que m
friega el día entero, me gustaría vivir otro p
co.

El Beto hablaba con una extraña lumb
en las pupilas.

—Sería amargo que la Pecosa se quedar
sin aprender algo. Es triste, Fili, ser pobre y n
tener ni un poco de instrucción pa luchar co
la vía . . .

Filidor lo miró con fijeza. ¿De dónde s
caba el Beto esta claridad para expresar

conceptos? Nunca le oyó decir nada sobre la vida, ni le conoció siquiera un miserable proyecto que indicara su pretensión de vivir algunos años más.

—Nosotros con la Rucia hemos sufrío mucho —continuó el Beto—. Por eso querimos que la chiquilla tenga algo en que confiar pa'l futuro. Pero ¿sabís, Fili? Pa eso necesito muchos años por delante. Ahorrar unos cuantos pesos, sacrificar las diversiones. A veces me desmoralizo y, entonces, el *huarapo* es mi mejor amigo. ¡Carajo, Fili! Anoche, no más, me parecía que el mundo si'había acabao pa mí, y esta mañana, en la *jaula*, sólo pensaba en lo que me dijo el médico en el hospital. Es raro. Mientras tú crees que no vamos a salir de aquí, yo espero que éste no será el día de la muerte pa nosotros...

Cortó la frase, pues uno de sus acostumbrados accesos de tos le atacó con fuerza inusitada.

—Fíjate, Fili —prosiguió cuando se hubo normalizado—. Ni la tos significa mucho pa mí ahora. Antes me daba la impresión de que a cada tranco me asfixiaría...

Durante largo rato, el Beto continuó hablando de su vida, de los proyectos para con la Pecosa, y de esta seguridad en el porvenir que

habíale inundado con tanto vigor. En ver
conversaron sobre la llegada de cada uno
mina y los trabajos desempeñados, y así,
pretenderlo, lograron desentenderse, por algú
tiempo, de la gravedad del momento, del hom
y de la catástrofe que caminaba por los pasi
y estocadas con sus trancos de muerte.

* * *

La atmósfera estaba caliente; sin embar
go, Filidor tiritaba, y un hielo filudo le recorría
las vértebras. No tenía por qué sentir frío, pues
el líquido vaciado en la cabeza para ahuyentar
los efectos del humo habíase secado, y las am
polletas de luz eléctrica encendidas dentro del
polvorín despedían un tenue calor que, al co
rrer de las horas, tomaba consistencia en el
pequeño local que hacía de antesala a la bodega
donde se almacenaban los explosivos. Mas Fili
dor no podía rehuir una sensación tan extraña
que le invadía desde el fondo de su organismo
de los cauces más apartados que seguía su san
gre. Parecíale que todo su ser pendía de una
cuerda vibrante que amenazaba cortarse de un
momento a otro.

Arrimó a la muralla uno de los cajones de
namiteros; se sentó. Tornó a caminar por el

cuarto, golpeó otra vez las murallas con la suela de los zapatones y volvió a sentarse. Restregándose las manos, cruzaba los dedos para echar sobre ellos el aliento caliente que rezumaba su boca, como si todo aquello sólo lo realizara para vencer el imaginario frío que le punzaba el cuerpo.

De repente, como extrañado de su mismo silencio, inició una nueva conversación:

—El destino de nosotros. Yo pude haber sido cualquiera otra cosa antes de venir a meterme a la mina.

Encontró que la cuerda aflojaba su terrible tensión cuando hacía participar al Beto de sus recuerdos. Entonces, empezó a hablar de su vida, con calma, apretadas las manos y la vista fija en la puerta que, herméticamente cerrada, detenía el avance del humo de las galerías.

Había nacido en el campo. Su padre era como una especie de mecánico que se encargaba de mantener en buen estado las maquinarias, en un fundo del Sur. Durante la temporada de cosechas hacía de capataz en las trillas, y el funcionamiento del motor y la trilladora caía bajo su cuidado. Una tarde, y cuando la faena de moler las espigas había llegado a su punto culminante, el motor reventó, quizás por exce-

so de presión, o, tal vez, por una de esas p
queñas deficiencias que escapan a los mecá
cos más avezados. El viejo, que se encontraba
cerca tratando de regular la marcha, saltó astil
tado en pingajos sanguinolentos. Las espig
se mancharon de rojo y ondearon como pequeñ
ñas banderas en el silencio del campo y de los
hombres al ser levantadas en una brazada vi
gorosa.

Filidor pretendía ser un buen mecánico.
Cuando faltaban peones, él hacía de boquero
en la trilladora. Esperaba dominar algún día
las tuercas, bielas, engranajes, tantas cosas que
le oyera nombrar al padre. De ahí que después
de unos años de trabajar solo, mientras la ma-
dre conservaba el derecho a vivir en el fundo
encargándose del lavado de los patrones, le co-
municó a ésta su decisión:

—Me voy, vieja. No me gusta el campo.

—¿Y aónde te vai? ¿Tendrís trabajo?

—No sé. Ya estoy grandecito y no faltará.

Filidor recordaba que nunca pudo desem-
peñarse en las labores que le agradaban. Jamás
volvió a tomar las llaves para ajustar piezas
mecánicas. Primero fue una cantera la que lo
recibió con sus chancadoras de piedra y barre-
tas sondeando la dureza de la roca. Luego la
prolongación y arreglo de un camino; la cons-

trucción de un tranque; instalación de marcos para canales de regadío. Hasta que un día llegó a una mina del Norte y se inició en las faenas de extracción del metal. Fue en este lugar donde recibió la carta de un amigo que le comunicaba la muerte de su madre. Filidor se empinó sobre su angustia, mordió los lagrimones que pugnaban por caer sobre su duro pecho de proletario ya endilgado en la ruda senda que le señalaran sus antepasados, salidos, como él, del pueblo y de la tierra, y enderezó el rostro hacia los días venideros, tal si avizorando el porvenir rindiera un pequeño y emocionado recuerdo a aquella mujer morena, arrugada, silenciosa, que una noche, entre vagidos de sangre y trancos nerviosos del padre, le echara al mundo. Y se encontró más solo y más libre.

En esa mina, también, conoció a la Carmela. La mujer había ido hasta allí a servir en casa de un capataz de cuadrilla que daba pensión a los obreros y ocupaba, por lo tanto, algunas mujeres en la atención de las mesas. Filidor la vio en el comedor, midió sus movimientos graciosos, y sus pupilas se quedaron prendidas a los ojos de ella. Una tarde, luego de interminables días de indecisión, la abordó:

—¿Quiubo, Carmelita?

—¿Qué desea, joven?

—¿Por qué no conversamos un rato?
Y se quedó callado. La mujer, entonces tomó la iniciativa:
—Es de pocas palabras usted...
—No, es que... Es que... —y rehuía sus ojos, escondiéndose en la sombra—. No, es que..., ¿sabe?
Así fue la primera vez. Pero vinieron otras. Y Filidor fue familiarizándose con el calor que despedía el cuerpo de la muchacha. ¿Cómo explicar el instante en que ella puso en su pecho frotándose como si buscara de él un alarido dos senos turgentes, apretados, conservados puros, después de fragorosas batallas con la vida, para el hombre que viniera a descifrar el maravilloso significado del amor?
Desgraciadamente, al mismo tiempo que Filidor, puso sus entusiasmos en la muchacha —con diferentes intenciones— el jefe de la Maestranza, Míster Patrick, un *gringo* macizo de voz tronante, hediendo siempre a tabaco y aguardiente. Al atardecer de un día lluvioso, opaco y fecundo en malos augurios, Míster Patrick se acercó hasta la pensión, aprovechando que la Carmela había quedado sola al cuidado de la casa.
—Oh Carmelita, usted gustarme mucho —dijo, dando vuelta el castellano como gorra

de mascar en su bocaza—. No tener miedo, Carmelita. —Míster Patrick reía, y sus ojos se distendían en un deseo difícil de disimular. Llegó un momento en que el imprevisto visitante tomó a la mujer por los hombros e intentó forzarla. Ella se debatió con energía, mas nada podía ante las fuerzas brutales de aquel gigante. Desesperaba de salir airosa, cuando una idea fugaz le iluminó el rostro. Cerca suyo, el cuchillo de cocina apuntaba hacia quizás qué latitudes. Míster Patrick salió gritando como un energúmeno y pobló la tarde de una agitación inusitada.

Los hombres rieron con ganas al imponerse del suceso.

—Puchas con el *gringo*. Quiso pescarse a la juerza a la Carmela...

—Caro lo pagó tamién...

—Chist. Por naíta lo capó...

La mujer debió dejar el trabajo, y Filidor, con una rabia incontenible que le pateaba furiosamente el pecho, abandonó el lugar y se vino junto a ella. La Carmela le agradeció su actitud solidaria con una ternura que escapaba a través de sus ojos húmedos. Ambos comprendieron que tenían una existencia por delante y que deberían encararla juntos. Dado que el único pariente de la mujer era su padre, que,

viudo, había contraído nuevas nupcias en l
calicheras, optaron por casarse en Coquimb
sin solicitar autorización de nadie.

Cuando Filidor recordaba a Míster Patric
apretaba los dientes y profundas arrugas su
cábanle el ceño. "Conqu'estoy a mano, mi'acr
mino. ¡No haberlo hecho!" Pero pronto l
calma llegaba aquietando sus impulsos de ven
ganza y las suaves caricias de la Carmela con
tribuían a dejar en el más absoluto olvido tod
lo sucedido en aquella mina. Además, si las co
sas no se hubieran presentado de esa manera
ambos no habrían tenido oportunidad mejor
de demostrarse sus sentimientos, ni Filidor
habría comprendido que su vida se desenvol
vería más segura junto a esa mujer de carác
ter firme y resuelto, y de un temperamento tal
que bien podría él quedar seguro de que l
Carmela era la mejor compañera del mundo.

Poco tiempo después de su casamiento en
contró trabajo en el mineral de El Teniente
¿A qué recordar cada uno de los episodios que
jalonan los años consumidos dentro de los sór
didos túneles? Empezó de palanquero en el fe
lla brava, encargada de descargar la madera
que sube en la *zorra*, para terminar de oficial
enmaderador, colocación que le permitió

aprender el trabajo de enmaderación hasta en sus menores detalles. Ahora gozaba fama de enmaderador hecho y derecho, capaz de ir pisándole los talones al explosivo en su avance cerro adentro.

Los recuerdos vinieron a desembocar en su traslado a Teniente Cinco. Hizo una mueca de desagrado. Escupió a un lado. Chasqueó la lengua y se pasó la mano por los labios, como conteniendo las duras palabras que deseaba pronunciar...

—Conque salgo di'aquí... —balbuceó. Y el frío empezó a castigarle de nuevo con finísimos látigos.

El silencio puso distancias entre ambos hombres.

• • •

Filidor y el Beto habían perdido ya la dimensión de las horas desde que llegaran al refugio del polvorín. El tiempo pesaba horriblemente, y los minutos adquirían una angustiosa sensación de siglos. El frío, a pesar de que la transpiración perlaba sus mejillas, había intensificado el mortificante latiguillo por el espinazo, las piernas, articulaciones, dejando la sensación de tierra arrasada en el ánimo de

cada uno de los hombres. No hablaban, y tanto pensar que de un momento a otro dejarían las compresoras, empezaron a sugestionarse con la falta de oxígeno. El Beto levantó los brazos e hizo una profunda aspiración.

—Nos llegó al perno, Fili.

Bajó los brazos. Mas sus pulmones no quedaban satisfechos. El aire parecía llegarle hasta la mitad de las vías respiratorias, negándose a continuar más adentro. "Claro. Lo que pasa es que el oxígeno s'está consumiendo", pensó.

—¡Pararon las compresoras!

Los hombres se miraron con mirada torva. Filidor, para comprobar el descubrimiento del Beto, levantó también los brazos e intentó una larga y profunda bocanada de aire.

—No puco, hom. Me pica aquí adentro —dijo, golpeándose el pecho.

—¡Por la madre! —rezongó el Beto—. Obligao a decirle adiós a la vida encerrao con perro rabioso...

Ahora comprendía el Beto, como nunca antes, que necesitaba vivir, encarar la existencia con espíritu de lucha, desentenderse de los malos augurios y presentimientos obscuros. "¿Qué irá a ser de la Rucia y la Pecosa? No no..., no podimos morir así no más." Se dirigió a la puerta y la abrió tembloroso. Entró

ces, se volvió hacia Filidor con el rostro iluminado, los ojos abiertos como un poseso:

—Eh, Fili..., Fili..., el humo está bajando...

Filidor pensó que su compañero se entusiasmaba en vano.

—¿Qué sacamos? No alcanzamos a llegar afuera...

—No alcanzamos afuera, pos, Fili, pero nos poímos tirar pa'l fondo'e la mina. Me tinca qu'el humo nu'ha llegao por allá. —Hablaba el Beto como suplicando que Filidor entendiera su proyecto—. Por las auxiliares salimos arriba, a la superficie...

Filidor se pasó de nuevo las manos por los labios.

—¡De veras! —exclamó. Y antes de que el Beto agregara nada, anduvo hasta la puerta.

El humo ya no era tan denso, y la luz de las ampolletas se sobreponía a las sombras que minutos antes llenaran los *piques*.

—De todas maneras tá juerte —informó Filidor—. Tenimos que correr como diablo. ¿Te quea pañuelo? Güeno. Yo voy a usar la camisa.

Se despojó de la blusa caqui y la acomodó de tal manera que, adherida a las narices, formara una gruesa defensa contra el humo.

—¿Listo?

—Listo.

Abrieron la puerta de par en par, y co
una exhalación tomaron la línea de los carri
en dirección al fondo de la mina.

Llegaron rendidos. Filidor, entre palab
cortadas por el rápido acezar del cansan
trataba de demostrarle a su compañero el
bilo que le producía aquella promesa de v
que empezaba a insinuarse.

—Tenías razón, Beto... Tenías razón, B
to... Oye, Beto: tenías razón.

El Beto no respondía. El esfuerzo de la c
rrera le había producido otro de sus accesos d
tos, y doblado en dos, como siempre, se esfo
zaba por volver a la normalidad cuanto ante
para reiniciar la marcha en procura de la lib
ración.

El fondo de la mina permanecía limpio d
humo. Nada decía de la tragedia que aletea
en las demás *estocadas*. El silencio salía de l
buzones, devorando la galería, y se acercaba
los hombres, husmeando con los belfos en t
sión.

En el túnel sólo tenían importancia la s
gría de Filidor y la impresionante tos del B

• • •

Subían. Arriba los esperaba la luz; no sabían si la tarde o la noche, pero sí estaban ciertos de que encontrarían la vida, el aire vivificante de la montaña. Con las manos aferradas a los peldaños de las escalas auxiliares para que la esperanza no se malograra en un torpe rodamiento, ascendían de un *pique* a otro, de un nivel al de más arriba. De vez en cuando se les perdía la escala que les llevaría a un lugar próximo, y entonces debían apartarse un poco y buscar allá, o más acá, hasta encontrar disimulado entre los marcos del maderamen el resto de aquel debilucho camino, formado por delgados palos, que unía todos los niveles en caso de emergencia. El corazón de los hombres golpeaba en sus pechos y en las murallas del cerro.

Cuando salieron a la superficie se encontraron con el impresionante espectáculo de la montaña que se extendía a los cuatro puntos cardinales. La noche entraba por los contrafuertes lejanos y, como si tratara de prolongar el anuncio de su llegada, se detenía en los riscos, tardaba en atrapar el roquerío con sus manos negras y escurridizas. Para el lado del campamento, el crepúsculo desangrábase en esplendentes cuajarones de sangre, mientras de los cajones del interior emergía un helado vien-

to de nieve, ocupado en empujar los últimos vestigios de día enraizados a los picachos. El temporal había blanqueado la montaña a trechos, y la nieve llenaba algunas pequeñas quebradas o se despeñaba en finos hilos de agua que irían a dar forma al río cuando enfrentaran los primeros camarotes de Sewell. Lejos se podía distinguir Teniente C, conjunto de ventanas y aleros pegados al cerro en la misma línea en que éste se cortaba a pique y el abismo iniciaba su descenso hasta terminar junto a las ruinas de Pueblo Hundido, antiguo campamento de los mineros, atrapado por la caída de los rodados y el desplome de los niveles.

Los hombres emergieron por aquella minúscula salida de la mina, y de inmediato se sintieron cogidos por el silencio del risquero, cohibidos ante la visión de la montaña sin límite. Pero ya estaban a salvo, en posesión de sus destinos, y la vida para ellos resultaba como un inapreciable juguete que traía insospechada felicidad a sus espíritus, de pronto rejuvenecidos. Sacudieron la impresión que les causara el encuentro con el paisaje, como si sólo ahora, en ese mismo instante, se descubrieran.

—Beto...
—Filidor...

Ya no sentían frío. Filidor sacó la blusa que se amarrara al cinturón, y se la puso. El camino, si así podía llamarse, que los llevaría al campamento, era peligroso en extremo. Sin huellas, con piedras belicosas cuyos bordes caían sobre el abismo, el descender por ese lugar resultaba empresa de riesgo. De todas maneras, lo que restaba era lo de menos. La vida transformábase en leal compañera y una seguridad asombrosa les invadía, ahora, el ánimo.

—Por la pucha, Beto, hom. La libraíta no la volvimos a repetir...

Continuaron bajando sin hablar. La tensión nerviosa amainaba y todo parecía indicar que el entregarse a sus pensamientos, sin comunicarlos al compañero, contribuía a aquietar las emociones, a limar el áspero trajinar de los pulsos.

El Beto miró hacia el lugar donde debía estar ubicado el campamento, y sonrió. ¡Pobre Rucia! Cómo lo habría esperado todo el día, con qué angustia vería pasar a los accidentados en la entrada misma de Teniente Cinco. Estaba bien seguro de que su mujer no habría querido apartarse de la entrada de la mina hasta saber en definitiva lo sucedido a su marido. También intuía el Beto que, al llegar al campamento, los ojos se agrandarían de sorpresa y

que la Rucia, al convencerse de que era su ma
rido el que surgía de pronto a la vida desde la
sombras de la muerte, se le acercaría con los
brazos estirados, en un gesto de angustia y ale
gría, anunciador de los sollozos y de las pala
bras impronunciables: "Betito querío. M'hijo
to..." Y la caricia le nacería a su mujer desde
el más oculto lugar de su corazón.

—¡Guarda, Beto!

Todo se produjo en forma tan rápida, que
Filidor vino a reaccionar cuando vio a su
compañero pegado a la roca, en un esfuerzo
desesperado por no rodar al abismo. El Beto
intentando franquear una enorme roca que se
interponía a su paso, resbaló y el peso de su
cuerpo le empujó hacia la quebrada. De repente
se diluían los pensamientos, la certidumbre de
que habían recuperado la vida amenazaba con
trizarse, y otra vez, flagelador y tiránico, volvía
el estremecimiento, la vibrante cuerda. Estaba
visto que la adversidad quería jugarles una
mala pasada antes de entregarles la seguridad
de la liberación.

El Beto manoteó en la caída y alcanzó
apenas, a tomarse del borde filudo de la pie
dra. Las puntas de los pies quedaron sujetas
en un pequeñísimo saliente de la roca que fue
cediendo paulatinamente. Miró a su compañe

ro, levantando la cabeza por entre los brazos que se adherían a la piedra, y trató de adivinar lo que hacía Filidor.

—Sujétate un poco —dijo Fili, y se sacó el cinturón, alcanzándole una punta. Justo, el extremo de la correa quedó cerca de las manos del Beto. Con un leve impulso la tomaría.

—Ya, Fili. Afírmate pa que me tiris —habló en voz baja, temeroso de que el leve movimiento que le demandaría el gritar pudiera contribuir a aflojar el pequeño saliente que le sostenía por los pies. Iba a tomarse del cinturón, cuando el hormigueo que precedía a sus accesos de tos empezó a insinuarse en el pecho. El Beto comprendió que el movimiento demasiado brusco de la caída le produciría el ataque. "Con que no sea muy fuerte", pensó. Mas el hormigueo aumentaba con vigor desconocido, y al Beto le parecía que roncos tambores venían, ahora, redoblando entre sus costillas. Tosió levemente. Los brazos le vibraron como cables tensos. Volvió a toser. De improviso notó que algo raro, como si se hubiera tragado un bicho extraño, trataba de alcanzar su garganta desde el fondo del organismo. La boca se llenó de un líquido grueso, tibio. Escupió contra la roca, salpicándose el rostro.

—Ya, Beto, ho. Péscate no más —
desde arriba Filidor.

Pero el Beto no oyó la voz de Filidor, ni
ruido de las piedras que, a sus pies, conti
ban cediendo, rodando al abismo. Sus oj
estaban fijos, increíblemente abiertos, en el ro
jo manchón de sangre que teñía la roca enfre
te suyo, con una sensación de indescriptib
horror en las pupilas. Las facciones descom
puestas, los labios flácidos cayendo en u
ademán de cosa destrozada, imposible de r
construir. Su cerebro empezó a girar verti
nosamente, y las imágenes a atropellarse en l
llegada y la fuga. "Neumoconiosis..., antra
cosis..., silicosis." Las palabras olvidadas po
algunos minutos retornaban a su ritmo torn
rador. "Usted es un silicótico de segundo gr
do... Cuando llegue al tercero... Cuando l
gue al tercero..." ¿Y la esperanza? ¿N
poseía hacía rato la seguridad del futuro? ¿N
barajaba posibilidades con el porvenir de s
mujer y de la Pecosa? "Neumoconiosis... a
tracosis..., silicosis... Tendrá que expec
rar sangre..." Llegaban las terribles palabra
se iban, volvían. Todo giraba como un fan
mal molinillo. Luego aparecían los ojos ard
de la Rucia, la sonrisa femenina de sus lab
cuando él le mordía el pescuezo e iba corrien

su boca hasta encontrar la de ella. "Neumoconiosis . . ., antracosis . . ., silicosis." De nuevo los movimientos sensuales de la Rucia y sus ojos profundos mirándole desde el cuajarón de sangre. ¿En qué parte la conoció? Ahí, en mitad de la mancha roja, la Rucia le señalaba su vida. "Neumoconiosis . . ., antracosis . . ., silicosis." Aparecía su mujer, mostrándole el rostro salpicado de pecas, le sonreía suavemente para recordarle su existencia toda. Decía cosas que él le había oído tantas veces, pero que nunca perdían interés. Hablaba de su destino, de su amor, del simple y hondo amor que los unía.

¿Cómo la encontró por vez primera? Fue en Rancagua. El había llegado de Lota, con la perspectiva de encontrar trabajo en las faenas de Braden Copper. Los días se consumían con pesadez y ninguno traía la ansiada nueva de que una colocación le esperaba para acabar con la incertidumbre del mañana. Semanas pasaron en que sólo supo de ir a primera hora a las oficinas de la Compañía, y esperar ahí, pacientemente, por si de improviso recibían de la mina la orden de tomar nuevos contingentes de obreros. Mientras tanto dormía en el mísero cuarto que un amigo, conocido en las minas del carbón, le proporcionaba en un derruido conventillo de la calle Aurora, suburbio del

pueblo. El Beto sabía cómo su amigo y la m
jer se apretaban en sus jergones para brinda
le un lugar bajo techo. Y la angustia prend
en su garganta nada más que de pensar qu
quizás nunca estaría en condiciones de corres
ponder a la generosidad de aquellos que le in
vitaban a compartir su miseria.

Una tarde, mientras la noche caía arras
trándose por los baches de la calle, afirmado
en la puerta del conventillo junto a sus pro
yectos y esperanzas, la vio por primera ve
Ella había salido a la calle a vaciar un tarro de
aguas sucias. Miró al hombre y se cohibió; hizo
como que volvía sin cumplir su cometido, pero
luego se decidió. Impulsó el líquido con tanta
resolución, que el tarro salió lejos. El Beto co
rrió presuroso, cogió el tiesto por el aro y se
acercó a la mujer.

—Muchas gracias...

Dos hoyuelos tomaron forma en las me
llas pecosas de ella. Los ojos del Beto se pre
dieron a los azules ojos de la muchacha. E
comprendía, entre fugaces ideas, que debía de
cir algo, pues no sería correcto entregarle e
tarro y quedarse ahí, estático, mudo, sin subra
yar su actitud con una frase galante. Pero se
ojos penetraban en los de ella, se adentraba
como una embarcación en un océano de pure

y mansas aguas; sentía como si de improviso su espíritu se refrescara, huyeran las inquietudes de tantos días inútiles en busca de trabajo, y la amargura del fracaso se diluyera sin dejar huella alguna. La voz de la muchacha le cortó el hilo de sus extrañas sensaciones:

—¿Pa qué fue a molestarse? —dijo, sonriendo con sus hoyuelos y pecas que le poblaban el rostro.

—No..., no..., mire. Parece que no le pasó na al tarro. ¿No?

Aquella noche el Beto recordó cada uno de los detalles del encuentro, desde las sombras examinó de nuevo los azules ojos de la muchacha, su sonrisa suave, imperceptible, como si se sonriera para disimular un dolor mortificante o para evitar algún sollozo que intentaba subir hasta sus pupilas vidriosas. No era corpulenta; más bien daba la impresión de raquítica. Sus piernas, sin ser flacas, tampoco parecían gruesas, y al andar hacía pensar que el viento que desgreñaba su pelo castaño, a manchones rubios, le hacía daño. El Beto dio forma una y otra vez a esos minutos que determinaron su encuentro con la muchacha; sin embargo, su sonrisa, esa sonrisa que parecía disimular la presencia de un abismo, la tenía en los ojos, en el corazón, y al recordarla sentía

que el pecho se le apretaba como la noche e
entrar por la abertura que hacía de ventana en
el famélico tabique de tablas.

Luego supo que en el conventillo era conoci
cida por María, la Rucia para todos, y que ayu
daba a su madrina en los lavados de ropa que
traía del pueblo. Los más interiorizados le co
municaron que la Rucia era hija natural de un
gringo, el que la había dejado por un tiempo al
cuidado de la lavandera, desapareciendo des
pués de Rancagua, sin que nadie supiera nada
de él. Por último, y cansada de esperar, la mu
jer habíase conformado con la chiquilla y la
ocupaba en los quehaceres derivados de su tra
bajo de lavandería.

Una tarde en que el Beto volvía desalenta
do de las oficinas de la Compañía, la encontró
en la calle. Ella cargaba un pesado fardo de ro
pa que apenas podían sostener sus brazos. Si
lenciosamente se le acercó:

—¿Li'ayudo, Mariíta?

Volvió la cabeza la muchacha. Sonrió
como siempre, sus ojos bruñidos por quién
qué desconocidas desesperanzas, sus incontables pecas, su cuerpo todo que parecía un jue
co pronto a quebrarse.

—Me falta tan poquito...

Pero él tomó, a pesar de la réplica, el bu

to de ropa, y juntos continuaron caminando en demanda del conventillo. Hablaron de cosas simples. Ella contó que venía de casa de un hombre muy importante en el pueblo, que hacía como seis meses que no pagaba el lavado. El quiso saber su nombre completo, encontrar la razón del color de sus ojos, y a su vez le informó que andaba en busca de trabajo en la Compañía minera. Transcurrieron largos ratos en que ninguno atinaba a decir nada, atravesaban lagunas de silencio en que se percibían las respiraciones, el deseo de cada uno de penetrar en el otro. Por fin llegaron, y él, al devolverle el cargamento de ropa, tuvo una ráfaga de coraje:

—Ahora conversaremos todos los días; ¿nu'es cierto?

—Mi madrina es muy enojona —contestó ella, y sonrió, como si quisiera flagelar todavía más el corazón del Beto.

Así se endilgó la amistad entre ambos. En las tardes él volvía fatigado de la eterna espera frente a la Oficina del Trabajo de la Compañía, y a ella no le faltaban motivos para salir a la puerta.

—¿Ouiubo? ¿Cómo le fue?

—Mal. Los *gringos* no quieren tomar a na-

die... —Y naufragaba en la dolorosa sonrisa de la Rucia.

El Beto pasó largas vigilias pensando en la forma como llegaría a sellar con la Rucia ese amor que tomaba consistencia en su corazón. Porque esa inevitable inquietud, la preocupación porque la tarde llegara para volver al convento, los esfuerzos imprudentes por acercarse, lo más posible, a la pieza de ella cuando de madrugada, se dirigía a la Braden, debían ser nada más que amor, esa sensación que, según decían, anidábase en los hombres sin dejarlos tranquilos hasta que la mujer deseada caía rendida entre los brazos del amante. Por eso la noche que la encontró sola en el amplio pasadizo que comunicaba las diferentes puertas del conventillo, las piernas empezaron a temblarle y las manos a buscar quizás qué objetos perdidos en el tumulto de sombras.

—Buenas noches, Mariíta. ¿Se desocupó ya?

—Sí, Beto. Hemos tenido tanta ropa hoy día. —Se acercó hasta él—. ¡Buenas noches!

Estaban juntos, y solos en medio del silencio que surgía de aquellas puertas alineadas en disciplinadas filas. ¿Le diría todo lo proyectado en sus noches de insomnio? ¿Le contaría de ese estado nervioso que se había apoderado de

sus actos? ¿Le confesaría que sus ojos azules habían anclado en sus pupilas? ¿Y si ella sentía por él nada más que el aprecio de dos personas que viven vecinas y entre las cuales media sólo el saludo de la mañana?

Todo sucedió tan rápido, que el Beto nunca pudo explicárselo. Fue como si una mano invisible, de innúmeros dedos, lo hubiera empujado hacia ella, borrándole de la mente los temores e ideas que entorpecían su resolución. Pasó su vigoroso brazo por debajo del de la Rucia y la atrajo hacia su pecho. Ella reclinó la cabeza debajo de la barba de él, y así permanecieron por espacio de varios minutos. Ninguno de los dos habría podido hilvanar ni una palabra; el silencio del conventillo los amarraba con fuertes e invisibles lazos. Por fin, el Beto se decidió a decir algo, y sólo entonces pudo cerciorarse de lo difícil que resultaba romper esa quietud, la apacibilidad que apenas permitía intuir el acelerado ritmo de los corazones.

—¿No s'enojará, Mariíta?

Ella levantó la cabeza y le miró los ojos hacia arriba, tratando de vencer las sombras para llegar hasta sus pupilas.

—Tonto... —Y frágil, raquítica, delatando sus pronunciados huesos a las manos anhelantes del hombre, se perdió en el inmenso

círculo que trazaban en torno suyo los brazos del Beto. Le besó los labios suavemente, con candor de niño que entra en regiones desconocidas. Le besó apenas, levemente, y luego, como si aquello fuera lo más natural del mundo le mordió el labio inferior.

El Beto sintió que la sangre le bullía en insostenible alboroto, y que el corazón aumentaba a cada instante la velocidad de sus pulsaciones. Se apretó a ella.

—Rucia... M'hijita. Muérdeme otra vez.

—Tonto...

—Muérdeme otra vez...

—Tonto...

Y se apretaban.

• • •

Pero ahora, en una fracción de segundo en una partícula de tiempo, examina su vida que aparece con caracteres nítidos en esa horrible mancha de sangre pegada a la roca. ¿Y la esperanza? ¿Y el porvenir? ¿Y la lucha por el futuro? ¿Los proyectos? Es sangre venida de sus pulmones, del fondo mismo de su ser. Lo sabe él perfectamente, porque en el momento en que Filidor le extendiera el cinturón y la bocarada de sangre fuera expulsada contra la

roca, una claridad de día luminoso se hizo presente en su cerebro. De ahí que, como un celaje, él ve a través de la mancha roja cada uno de los detalles de su existencia. Y siempre la Rucia, parte importante del pasado y el presente, le habla con suavidad, su voz se diluye en sonidos tenues.

Se habían casado en el mismo conventillo. Su amigo y compañero de pieza lo envalentonó:

—Echele no má, iñor. En el camino se arreglan las cargas. ¿Qu'importa que no tenga pega? Se busca uno qui'otro *pololo*, pa barajarse, hasta que le den subía pa la mina...

Así lo hizo. Lo único que en el conventillo indicó el cambio de estado de la Rucia y el Beto fue el que ella se metiera, en la noche, en la desmadejada pallasa de él. La mujer poseía un extraño calor en el cuerpo, con sus brazos flacos se aferraba al hombre, y su contacto era para el Beto como una caricia que le recorría desde los pies hasta la mollera. Cuando estaban acostados, a obscuras, él se sentaba en la esmirriada cama y encendía la vela.

—¿Por qué la prendes? —preguntaba ella con su voz delgada.

Pero el Beto nada decía.

—No sé... Me gusta —respondía cu
mucho.

Y era que en el momento de besarla
gustaba mirarle los ojos. Nada le seducía t
que, al entregarse ella como un tallo quebra
hundirse en ese azul y quieto estanque que
cansaba en las pupilas de la Rucia. ¿De dón
sacar palabras para explicárselo? Resultab
tan grande, inmensa, esa sensación, que ja
habría podido dar una idea de ella.

—No sé... Me gusta —contestaba ap
nas. Y la atraía hacia él como una hoja per
en la marea del viento—. Muérdeme, m'hij

—¿Te gusta?

—Sí. Muérdeme.

El tiempo empezó a transcurrir opa
gris, por las puertas del conventillo. El Be
trabajaba en cuanta oportunidad tenía, aun
se tratara de faenas que no caían en su espe
lidad, sin perder la esperanza de que algún d
le admitieran en El Teniente. Llegó una ma
na en que la Rucia, parturienta, se quejó de l
dolores derivados de su estado. ¿Dónde lle
la? ¿Quién podría atenderla si los pesos q
entraban a sus bolsillos huían con rap
asombrosa? Fue el mismo compañero de h
tación el que le dio la clave.

—Puchas, iñor. ¿Que no trajo de Lot

libreta del Seguro? Güeno, pos. Vaya p'allá y consigue matrona.

Así se inició para el Beto el más angustioso y terrible deambular de su vida. Esperó horas y horas en las oficinas del Seguro, mientras los empleados, entregados a amena charla, reían sonoramente, algunos fumaban, estrellándose en las piezas estrechas para tan subido número de personas. Una rabia quemante le crecía ya en el pecho, cuando alguien se comidió a interrogarle:

—¿Qué se le ofrece?

—Aquí está mi libreta. Mi mujer tá enferma de guagua. Quisiera que me l'atendieran...

Pasó un período bastante largo antes de que el empleado, gravemente, volviera a hablar:

—Esta libreta está muy atrasada. No tiene imposiciones un año entero. Será difícil que lo atiendan. De todas maneras, vamos a consultar al médico que tiene que ver con esto...

De nuevo los minutos se dejaron caer en la inquietud del Beto, golpeando con sus minúsculos martillos. A la media hora asomó el empleado:

—Oiga. Es mejor que se vaya. Hoy día no lo van a despachar. El médico tiene que hacer las visitas de los Ferrocarriles, recorrer los Ca-

rabineros, Sanidad, el hospital y pasar por su consultorio particular. Si le quedan unos dos minutos vendrá para acá. Será muy difícil.

El Beto llegó al conventillo con la sangre hirviendo. Los dolores de la Rucia habían aumentado y el parto se vislumbraba cercano. Entonces, el hombre previsor que había en su compañero, trajo la solución del problema:

—Oiga, iñor. Búsquese un coche y se la lleva pa'l hospital. Es fregao esto, iñor; pues perder la guagua...

Llamó una victoria, subieron a la Rucia en andas, y marcharon en dirección del hospital. Allá tocaron la campana, golpearon con fuerza las pesadas puertas de fierro. Una quietud lúgubre transitaba por los amplios corredores. Apareció una monja caminando con pasos que no alcanzaban a levantar ruido.

—¿Qué se le ofrece, hombre?

—Oiga, madre. Mi mujer tá por dar a luz. La traje p'acá porque no tengo dónde me la vean...

—Buena cosa, hijo —la monja suavizaba sus palabras tratando de calmar al Beto—. En mala hora ha venido.

—¿Por qué, madre?

—Pues verá, hijo. El médico que dirige el hospital es lo que llaman precandidato a re-

dor en su partido. Se ha llevado a todos los empleados para que voten por él en la asamblea. Hasta la matrona anda en esa diligencia.

—¡Puchas, madre! ¿Y qué voy a hacer con mi mujer? —El Beto se sulfuraba.

—Calma, calma, niño. De alguna manera nos arreglaremos.

De esta manera vino al mundo la Pecosa. Perdida en medio de vagidos y de la angustiada impotencia del Beto, entre los dolores salvajes de la Rucia, que sentía sus huesos quebrados, y las carreras de la matrona, que alcanzaba, apenas, a participar en el parto, luego de cumplir sus compromisos con el director.

De ese tiempo amargo el Beto sólo recordaba el momento en que, envuelta la guagua en mantillas y puesta al lado de la madre, él se acercó a la cabecera de la cama y apretó una de las manos de la Rucia. Ella levantó los párpados y le miró con los ojos tan profundos y azules, como no los viera antes el Beto. Y se sonrió con sus innumerables pecas.

Y para él fue como si recién arribara a una playa tranquila, atraído por los hoyuelos de las mejillas de su mujer, que le llamaban igual que faros luminosos.

Como si por entonces las angustias tocaran a su término y una etapa con mejores pers-

pectivas se iniciara, una mañana hicieron t
trar al Beto hasta la oficina del jefe, luego d
otro de sus fatigosos e inútiles viajes. El Bet
presintió que algo grande le esperaba tra
aquellos tabiques de cristal.

—Hace tiempo que tienes deseos de subi
¿no? —le preguntaron.

—Sí... Sí, señor. Quiero trabajar en lo
que venga...

—Bueno. ¿Te gustaría irte para la mina de
conejero?

—Ya, pos, patrón.

De *conejero* empezó. Le dieron habitación
para él solo, en Teniente C, junto al risqueri
vecino a los niveles y donde los hombres sobe
ros, con los ojos bruñidos por agudas nostal
gias, hablan de aventuras amorosas y de muje
res que caminan por el recuerdo con trancos
voluptuosos. El, en las noches, ahuyentaba e
frío junto al rescoldo de duras ausencias. Has
ta que un día le dieron un departamento en e
campamento grande, en Sewell, y así pudo lle
varse a la Rucia y la Pecosa. Cuando subieron
lo extraño del paisaje, la altura de los picacho
el zigzagueo peligroso del tren, se reflejaba
en las pupilas asombradas de la mujer. Y el b
observaba, feliz, como si un fresco e inmens
oasis surgiera medio a medio de su destino.

Así se inició su vida en el mineral, matizada por el aprendizaje de la Pecosa al empezar a caminar, y luego a pronunciar difíciles palabras. De *conejero* pasó a peón de cuadrilla, estuvo en la *brava*, trabajó de carrero, y a la vez fue *minero de turno* y *avance*. Ahora le faltaba ser *minero*, es decir, desempeñar las labores del auténtico minero, en el *buzón-chimenea*, con lo que habría alcanzado el grado máximo en la jerarquía proletaria de la mina.

• • •

Sin embargo, todo ha pasado. Las cosas más apreciadas caen destruidas, inútiles. Ahí está la mancha de sangre que hace un segundo, un instante, le llegara desde sus vísceras. ¡Y tantos hechos gratos, queridos, han aflorado en ella en esta partícula de tiempo! Desaparecen las pupilas de la Rucia, y llegan las de la Pecosa, azules y profundas como las de la madre, y como ella con un sinnúmero de pecas en el rostro y un par de hoyuelos insinuándose en las mejillas. Sí, sí, la ve como camina por los pasadizos, ausente de todo peligro, despreocupada, pareciéndose al padre en el andar cansino y en la negligencia para observar la encrucijada, el abismo, que pudiese esperarle un poco más allá.

—Te voy a llevar a Rancagua pa' que aprendái a leer, Pecosa...

—¿De veras, viejo?

—De veras...

En mitad de la mancha roja, tal si se hubiera agrandado desmesuradamente, apareció otra vez el mundo de distancias iluminando los ojos de la Pecosa. Pero no, no podía ser. Si todo aquello era sólo su sangre, la esperanza acariciada durante días y noches que desaparecía sin dejar vestigios de haber existido.

—Ya, Beto, ho. Agárrate no má...

Debía estirar el brazo un poco, nada más, para alcanzar la punta del cinturón que Filidor le pasaba. Sus pies iban perdiendo seguridad a medida que las piedrecillas de la roca cedían y se despeñaban por el abismo, mientras el viento, después de haber lengüeteado el roquerío del fondo, le azotaba las espaldas, ajeno como la montaña, a la angustia de los dos hombres. Todo consistiría en levantar apenas el brazo, estirar el codo y aferrarse a la salvación que pendía de ese pedazo de correa. El accesorio de tos lo había sorprendido en el instante mismo en que —determinado el intento en el cerebro— se aprestaba para cristalizar su resolución de empinarse con la ayuda de Filidor.

—Péscate no má, Beto, hooo...

Las palabras cayeron y resbalaron sobre él. Las últimas piedrecillas cedían, a la vez, bajo sus pies. Sentía ya la presencia del abismo. "Antracosis . . . , neumoconiosis . . . , silicosis . . . Cuando llegue al tercero tendrá que desgarrar sangre . . ."

—¿Qu'esperái, Beto, hom?

Ahí estaba el cinturón de Fili, casi junto a su rostro. ¿Tomarlo? ¿Para qué? "Neumoconiosis . . . , antracosis . . . , silicosis . . ."

—¡Betooooooo! . . .

El grito y la mueca de espanto de Filidor siguieron al cuerpo del Beto hasta el fondo del abismo.

Y luego el silencio de la montaña acostado junto a la muerte.

V

UNA TERRIBLE sensación de tragedia gravita sobre Sewell. Es como si un tétrico murciélago, de enormes dimensiones, batiera sus negras alas encima de los camarotes. La tarde clava en los techos sus últimas estrías de luz por entre los picachos que observan el ajetreo de hombres y mujeres, en inmutable actitud. Sin embargo, y a pesar de las horas, todavía no se tiene una idea definitiva sobre los caracteres del accidente, aun cuando la visión de la catástrofe aflora a los ojos y las palabras, apenas pronunciadas, de los que han entrado a los túneles.

—¿Cuántos muertos?

—Dicen que cientos...

—¡Ay, pobrecitos!

Las mujeres sollozan, gritan, se abalanzan sobre las camillas que traen cadáveres o semiasfixiados.

—¿Sabe de Amaro Zúñiga?...

—¿Y de Efraín Moya?
—¿Y de Rómulo Espinoza?
—¿Y de Atricio Cancino?
Y siempre tienen por respuesta una e
siva o alguna mentira piadosa.
—No sabimos na de los *piques* di'acent
Tamos ahora no más entrando más arriba d
Cinco...

Pero son muchas las que reconocen a s
maridos, o hijos, y se van tras las camillas, s
tando las represas del llanto contenido d'aran
todo el día. Otras, indecisas, no saben si d
por perdido al hombre que esperan, o alime
tar todavía la esperanza de que pueda hab
resistido el brutal efecto del humo. Algun
hurgan entre los montones de cadáveres,
cuando encuentran lo que buscan, se aferran
los restos amoratados hasta que vienen manos
rudas de mineros —maravillosamente torp
en el consuelo— y las apartan, diciéndoles co
sas huecas, ausentes, sin sentido...

Serían las cuatro de la tarde cuando
Carmela supo de Armando, que estaba trab
jando en Teniente Sub B. Vio venir hacia el
a un muchachón amigo de su hijo. Parecía q
prestaba servicios en las cuadrillas de sal
taje, pues de uno de los brazos le caía una m
cara de seguridad. Lo miró de cerca y su co

zón se lo dijo todo, antes que el muchacho. Su ceño se endureció y los labios fueron apretados, todavía más, por la silenciosa inquietud de los dientes:

—El venía con un grupo, señora. Los guiaba hacia la superficie, dándoles ánimo, ayudándolos. Con la *choca* les mojaba la cara, les hablaba para alentarlos. Y por preocuparse de los otros, se descuidó. Al llegar cerca de la salida, se le reventaron los pulmones. Todos los del grupo se salvaron, menos él...

La Carmela permaneció inmutable, como la montaña. Tenía los ojos fijos en la entrada de la mina, pero su actitud era la de una estatua. Sólo que el fondo de las pupilas despedía destellos fulgurantes y el ceño se endurecía, poco a poco, como si con el gesto quisiera extraerle a la mina la verdad de lo que restaba por saber. Pausadamente preguntó:

—¿De Fili, nu'han sabío na?

—No, señora, nada. A Rudecindo Inostroza y Ambrosio Andrade ya los sacaron muertos. Pero de don Fili todavía no se tienen noticias...

El corazón golpeábale con fuerza, pero apretaba con sus dedos la pequeña mano del Ñico, y así podía mantener su actitud rígida y evitar que la montaña —rival al borde del

triunfo— penetrara en sus emociones. Se
acercó la Rosa Moreno:

—Su hijo tuvo una muerte valiente, bella
ra. Todo lo contrario del Fraile Fernández. L
cen que lloraba y gritaba como *varraco* cuando
lo sacaron...

Sorbió las narices la Carmela.

—Estoy contenta de haberlo parío —re
pondió— sólo por las vidas que le quitó a l
mina... Pero aunque mi vientre todavía tie
energías, no echaré más hijos al mundo pa que
terminen en esto. Preferiría que el vientre se
me pudriera... No, no tendré más hijos.
Nunca... ¿Sabe, señora?... Nunca...

No terminaba de hablar cuando sus ojos
al mismo tiempo que los de otros, localizaron
un punto negro que se movía, acercándose, en
la superficie de la mina.

—Es un hombre...

—Un hombre...

Corrieron. El punto se agrandaba con le
titud desesperante. Sí, efectivamente era u
hombre que descendía los riscos con mo
mientos pesados, tal si el acercarse al campo
mento resultara para él algo insufrible. Por fi
el hombre estuvo entre los mineros y mu
que le observaban con ojos anhelantes. Tra
el pelo mojado y desgreñado, el rostro y las ma

pos sangrantes, la blusa y los pantalones desrozados. Pero todo no tenía mayor importancia para su gesto, su mirar de sonámbulo que espantaba, para esa presencia fantasmal que se agretaba en sus cuencas.

—¡Ave María, pero si es don Filidor! —exclamó una mujer, llevándose las manos a la cara.

—Don Filidor, señora Carmela... Don Filidor...

Atravesó el grupo la Carmela y se enfrentó a Fili. Los ojos se encontraron, enmudecidos. En la cabeza de la mujer daban vueltas nombres y presentimientos: "Armando, Rudecindo, Ambrosio... Primero caerán los que están cerca de nosotros, y después los nuestros, mis hijos..." Sin embargo, no podía pronunciar palabra. El silencio de Filidor la paralogizaba; había algo en las pupilas del hombre que quería decir muchas cosas. Ella intuía el mundo que venía dentro del hombre, y lo dejaba estar, sin apremiarlo, evitándole noticias que quizás él preveía.

La cuerda que Filidor sintiera vibrar en su interior cuando estaban encerrados en el polvorín, ahora tiraba más y más. Parecíale que la cuerda se ramificaba por todos sus miembros, y de cada parte salían nuevas vibracio-

nes. Iba a pronunciar una palabra, pero no t
día hacerlo sin desviar la voz en un sollo
Todo en él se resumía en una necesidad impe
riosa de lanzar el más terrible sollozo de
vida. Ese tumulto de emociones conocido
un solo día le había destrozado las fuerzas
hombre sufrido. Quería decir algo, una pa
bra nada más. Pero no, las palabras no er
bastante para romper la salvaje vibración
la cuerda. Debía llorar, porque esta sensación
que le ahogaba el corazón tenía que ser la m
elocuente manifestación del llanto. Debía l
rar como un niño. Hizo un gran esfuerzo. R
unió las miserables energías que le restaban
dio forma a dos o tres sílabas:

—Carmela...

—Viejo...

—...ahora sí que nos vamos.

—Sí, Filidor. Nos vamos...

Ella lo tomó de un brazo, con el mo
desgreñado y el chal enrollado al pescuezo
funciones de partera que, vecina a la sangre
el dolor, recupera una vida desde el fondo
la más negra entraña; y juntos, tranquila
sin premura, pasaron por entre las filas de
riosos. Al entrar a la escala que partía de Fu
de Rieles, él encontró la mirada de la Rucia q
le interrogaba, en una pregunta sin palabra

apoyando sus raquíticos brazos en los hombros de la Pecosa. Entonces fluyó en Filidor el llanto, un silencioso llanto de proletario, y un tenue bálsamo pareció que empezaba levemente a cubrir sus aniquilados nervios.

Se vinieron por las escalas, tomados del brazo, pausadamente, doloridamente, como si recién caminaran por su destino, mientras atrás, bajo las negras alas que cubrían la mina, la noche echaba sus anclas en los azules y profundos ojos de la Rucia y la Pecosa, esperando...

Esperando...

BIBLIOTECA NACIONAL
- 5 OCT 1973
SECC. CONTROL Y CAT.

GLOSARIO

Arreglo: Liquidación cuando un hombre es despedido. "Me dieron el azul", dicen también los mineros, refiriéndose al papel de ese color que los notifica del despido.

Boquero: Nombre que recibe el encargado de empujar las espigas en la boca de la máquina trilladora.

Buitra: Conducto que atraviesa todos los niveles y por el que dejan caer la *saca* los carreros. Abajo, en el primer nivel —Teniente Cinco— esperan los carros del ferrocarril eléctrico que llevarán el metal en bruto hasta los Molinos.

Buzón: Orificio por donde cae la *saca*. Ubicado a ambos lados de los túneles, en cada *estocada* hay varios a cargo del *buzonero*, que levanta y cierra la tapa a medida que los carreros llenan sus vagonetas. El *buzonero* ha de ser un hombre de mucha experiencia y habilidad, tanto para darle movimiento a la *saca* como para contenerla cuando se precipita con violencia.

Buzón-chimenea: Pequeño túnel que se le abre al cerro hacia arriba. Es un orificio por el cual sube el *minero* a tronar los tiros de la *nombrada*. Este trabajo es la clave de toda la faena de una *estocada*, pues los tiros del *minero* del *buzón-chimenea* dan tiraje a los demás *buzones*. El *minero*, después de preparar el cerro durante largas horas, truena sus tiros al terminar el turno. De esta manera, es el turno entrante el que aprovecha la *nombrada* recién sacada.

Carcheque: Del inglés: *Car-checker*: Alistador de carros.

Conejero: Muchachón que anda buscando empleo de saca en las *estocadas*.

Cuadrilla brava: Grupo de hombres que en la mina descarga la madera en los diversos niveles. Todos son fornidos, capaces de resistir el brutal e intenso trabajo sin demostrar cansancio.

Chicharra: Taladro de enormes dimensiones que usa el *minero* para horadar la roca cuando prepara los tiros. Termina en una broca que, según la ubicación del disparo, alcanza a cuatro metros de largo. Funciona con aire comprimido.

Choca: Desayuno. Termos con té que los mineros llevan a la entrada del turno.

El Penca: Libro donde los jefes y capataces anotan a los hombres que han transgredido el Reglamento de Seguridad. Con tres anotaciones, se hacen acreedores a medidas disciplinarias.

Enmaderador de avance: Hombre que va entablando el túnel a medida que se prolonga por los efectos del explosivo.

Estocada: Trecho de galería en explotación.

Fondeadero: Lugar de la mina que para los mineros no tiene importancia, ya sea porque su explotación reporta muy pocas utilidades en el *trato*, o por ser un trabajo muy sencillo que no se presta para que el minero demuestre el coraje y habilidad de que hace gala para enfrentarse a la montaña.

Guagua: Herramienta parecida a la *chicharra*, pero más pequeña. Es usada por los *buzoneros* al tronar los tiros en las piedras demasiado grandes que obstruyen el *buzón*.

Hacer los diez de última: Engañar. "Hacer las diez de última al marido": ser infiel, tener otro hombre.

Huarapo: Bebida que llevan los contrabandistas los mineros. Puede ser pisco o aguardiente, aumentado con agua, pero vigorizado en su efecto con tabaco o los ingredientes que sólo los contrabandistas conocen.

Jaula: Ascensor que une los diferentes niveles de la mina.

Minero de avance: Hombre que va tronando tiros y prolongando el túnel. Tras él vienen los *enmaderadores de avance*.

Minero de turno: Hombre que complementa la labor del *minero de avance*, dinamitando trechos del túnel o piedras grandes que lo obstruyen.

Moniar: Sacar los *pies derechos*, o puntales, en que descansa la enmaderación, ya sea por estar deteriorados o porque el cerro se ha cargado en ese trecho, reemplazándolos por otros. Los postes que substituyen al *pie derecho* mientras dura la operación se llaman *monos*. De ahí la expresión: "*moniar el cerro*".

Monos: Bártulos.

Nombrá (Nombrada): *Trato*. Tarea que dan los jefes de niveles, o bien los capataces, a los hombres del turno. Tanto los *mineros de avance*, *de turno*, *buzoneros* o *enmaderadores*, tienen una *nombrada* que sacar en el turno.

Pelar: Murmurar de alguien.

Pelona: Acción de pelar.

Picar el pollo: Llamar la atención por transgredir los reglamentos.

Pies derechos, sombreros y tirantes: Piezas de madera de que se componen los marcos que enfundan las galerías. Cada medio metro se levanta un marco. De ellos depende el sostenimiento del cerro.

Pique: Bifurcación vertical de un nivel.

Planchón: Capa de nieve que se endurece en el techo de los camarotes.

Pololo: Trabajo pequeño, sin importancia, de pocos días de duración.

Reja: Carro de acero, completamente cerrado, en el que entran los mineros hasta la *jaula*.

Saca: Mineral en bruto, tal como sale por los buzones una vez tronados los tiros. De color plomizo, según como se presente el cerro, cae molido, o bien en grandes piedras que los *buzoneros* deben dinamitar.

Sorocho: Corriente de aire que, según la creencia de los mineros, se produce en algunos túneles, y trastorna las facultades mentales. Casi todos los prendidos por el *sorocho* mueren enfebrecidos.

Tiro: Indirecta.

Tolva: Especie de pileta donde, en cada piso de los camarotes, se vacian las aguas sucias.

Tope: Liquidación del sueldo hecha a fin de mes.

Verraco: Verraco.

Viejita linda: Se refiere a la Virgen. El minero invoca siempre a la Virgen, como si en manos de ella estuviera el que el cerro facilite el trabajo o no. Al principio le habla con palabras melosas, pero cuando la Virgen se muestra sorda, la increpa rudamente.

Volteo: Cargado. "*Tá volteo el cerro*": se cargó para un lado. En este caso, tendrán más trabajo los barreros del lado donde se cargó el cerro, en desmedro de los de enfrente, que sacarán menos carros, con menos utilidad.

Zorra: Carrito que, colocado en los rieles de la *jaula*, lleva la madera y materiales a los niveles en trabajo. De la zorra la *cuadrilla brava* distribuye las piezas a las *estocadas* y *piques*.

LIBROS DE BOLSILLO
ZIG-ZAG

Títulos Publicados

1. Enrique Lafourcade: **PALOMITA BLANCA** (13ª edición).
2. Guillermo Blanco: **GRACIA Y EL FORASTERO** (8ª edición).
3. Lautaro Yankas: **EL CAZADOR DE PUMAS; EL ULTIMO TOQUI** (7ª edición).
4. Fernando Alegría: **LAUTARO, JOVEN LIBERTADOR DE ARAUCO** (8ª edición).
5. Nicomedes Guzmán: **LOS HOMBRES OSCUROS** (7ª edición).
6. Fernando Alegría: **CABALLO DE COPAS** (4ª edición).
7. Manuel Rojas: **EL DELINCUENTE** (3ª edición).
8. Carlos René Correa: **POETAS CHILENOS DEL SIGLO XX** (2 tomos).
9. Jaime Eyzaguirre: **O'HIGGINS** (2 tomos) (8ª edición).
0. Fernando Santiván: **EL MULATO RIQUELME** (7ª edición).
1. Marta Brunet: **CUENTOS PARA MARISOL** (4ª edición).
2. Baltazar Castro: **MI CAMARADA PADRE** (6ª edición).
3. Guillermo Blanco: **CUERO DE DIABLO** (4ª edición).
4. Hugo Silva: **PACHA PULAI** (8ª edición).
5. Manuel Rojas: **LANCHAS EN LA BAHIA** (8ª edición).
6. Baltazar Castro: **SEWELL** (3ª edición).

E IMPRESCINDÍVEL
28 SET 1973
DEPÓSITO LEGAL

Nadie ha narrado mejor la vida de los mineros del cobre que Baltazar Castro. "Sus cuadros del mundo del cobre —afirma Fernando Alegría—, las covachas de los mineros, las oficinas de la compañía, el juego dramático de explotados y explotadores, la patética condición de la familia asalariada, el mundo fabuloso que respira apenas en la soledad nevada, llegan hasta el lector como descargas en una noche implacable, destellos en blanco y negro, protestas sostenidas por un sentimiento solidario de fe revolucionaria y alentadas por una impetuosa elocuencia dramática". De factura sencilla, SEWELL impacta por la honda verdad que hay en sus escenas y diálogos. A esta unión de testimonio y obra de arte se debe su éxito permanente.